

CRISTIANDAD

Año XXXII - NUMERO 544

BARCELONA

JUNIO 1976

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



ORIGEN DE LA ADORACION NOCTURNA

ROBERTO CAYUELA, S. I.

SUMARIO

ORIGEN DE LA ADORACION NOCTURNA

Roberto Cayuela, S. I.

EL P. ROBERTO CAYUELA, S. I.

LA EDUCACION EUCARISTICA EN LA VIDA DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

Frag. de una pastoral del Arzobispo de Toledo, Prímado de España, Dr. Marcelo González Martín

SOLEDAD - QUE ES LA COMUNIO? POSTCOMUNIO - L'ALBA MILLOR - MIRACLE DELS PEIXETS

Mosén Jacinto Verdager

CORAZON DE JESUS, ACTO DE FE Y EUCARISTIA

Antonio Samsó

EL TEMPLO DEL SAGRADO

CORAZON DEL TIBIDABO

Pedro Ochoa

DE UNA RENOVADA DEVOCION

ASPECTOS PEDAGOGICOS

AL CORAZON DE JESUS

Francisco Canals Vidal

HERMANN COHEN, APOSTOL DE LA EUCARISTIA

Narciso Torres Riera

EL PASTOR QUE ALCANZO LA SANTIDAD

Gerardo Manresa

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º - (10)

Teléfono 317 47 33

Director: Fernando Serrano Misas

Las grandes Obras de Dios en su Santa Iglesia, suele El ir preparándolas previamente, al promover, con la inspiración del Espíritu Santo, algunas obras similares, de las cuales haya de ser perfección y coronamiento la Obra en la que El quiere tener sus mayores complacencias.

Así ha sucedido en la Adoración Nocturna al Santísimo Sacramento, expuesto en la Sagrada Custodia, y en forma de Vigilia o Vela nocturna, bien organizada.

Recordemos brevemente, en sucinto resumen, sus precedentes, para consignar después su providencial origen definitivo.

1.º Precedentes. Son los hechos históricos y providenciales que, en torno a la Santísima Eucaristía, inspiró el Señor en su Iglesia, a partir del siglo XVI.

La falsa Reforma Protestante, iniciada por Lutero a principios de aquel siglo, arremetió de una manera especial y despiada contra la Sagrada Eucaristía. En el terreno de la doctrina, impugnó el dogma y la fe secular respecto del Sacrosanto Misterio Eucarístico, Sacrificio y Sacramento del Cuerpo y Sangre de Cristo; y en la práctica, combatió acérrimamente la celebración de la Santa Misa, la Sagrada Comunión, el culto privado, y todavía más el culto público y adoración del Santísimo.

Pero, como siempre, el Señor se valió de aquellas herejías, aun con sus grandes daños, para sacar, en amorosa providencia, unas como reacciones muy saludables, en bien grandísimo de la Iglesia y de las almas. Lo que siempre nos muestra la historia de las herejías, se mostró admirablemente en el caso de la herejía protestante; pues ella contribuyó grandemente, bajo la acción del Espíritu Santo, que rige a la Iglesia, como Alma que es de Ella, Cuerpo Místico de Cristo, para la concreción, fundamentación y promoción del Cuerpo Eucarístico; y esto en fórmulas lapidarias, precisas y definitivas, cuales

son las que nos dio con inmortal sabiduría teológica y con soberano acierto práctico el Concilio de Trento. De él salió una admirable extensión e intensidad del Culto Eucarístico en la Santa Iglesia.

Y así, vemos con gozo que ya en aquel siglo se vuelve a la primitiva devoción y fervor por la Santa Misa; a la frecuencia, aun diaria, de la Sagrada Comunión; y se organiza y se amplía con grandes éxitos y fruto de vida cristiana, la Liturgia del Sacrificio y del Sacramento, presente, aun después de la Misa y de la Comunión, en los Sargarios y en las Custodias.

Y más aún que las formas externas, con haber sido tan acertadas y tan bien dispuestas; la Historia nos da continuos y elocuentes testimonios de lo que vale más: el espíritu interior eucarístico; espíritu de fe y de amor en las prácticas del Culto Eucarístico; espíritu que era la raíz, el alma, la vida de aquella felicísima renovación Eucarística; pues el espíritu de verdadera y sólida fe y de encendido amor vivificaban la adoración del Santísimo Sacramento, ya en privado, ya en público.

Desde el siglo XVI aumenta y se hace fervientemente provechosa la tan cristiana práctica de las «Visitas al Santísimo», con sus grandes frutos de fe y de vida cristiana; tanto que llegan a ser como una característica de la vida cristiana moderna.

También desde entonces se organizan y se frecuentan las Exposiciones y Bendiciones solemnes del Santísimo con la Sagrada Custodia; y se hacen mucho más solemnes y concurridas las Procesiones Eucarísticas, sobre todo en la Fiesta del «Corpus» y su Octava; y en Custodias que son en muchos casos maravillas de arte y de piedad.

Hacia el año 1520, nace como práctica de Adoración, y muy pronto también de reparación, el ejercicio Eucarístico llamado «Las Cuarenta Horas», el cual se organiza acertada y piadosamente en la ciudad de Milán, el año 1532. Pronto el santo ejercicio de las Cuarenta Horas, como un reguero de luz y de amor, se extiende por toda la Cristiandad.

2.º Origen definitivo de la Adoración Nocturna. Todas las referidas prácticas Eucarísticas eran excelentes y dichosamente fructuosas. Pero faltaba algo más íntimo y profundo; algo más sacrificado, y por lo mismo más singularmente grato y acepto a Cristo Jesús; faltaba lo que El quería en su Iglesia; a saber, que precisamente du-

rante la noche, cuando es más ofendida la Divina Majestad; cuando el Amor de Jesucristo es no sólo más olvidado, sino injuriado y ultrajado, aun por muchísimos de sus cristianos, y con toda clase de pecados; cuando Dios, Sumo Bien y Sumo Amor, es más ofendido en privado y en público; cuanto también se tienen las reuniones en que se planean y se fraguan los embates contra la Iglesia y la vida cristiana; entonces mismo hubiese cristianos fervorosos que sacrificando horas de merecido y saludable descanso, se reuniesen en nuestros Templos para rendir a Jesucristo, expuesto solemnemente bajo los velos Eucarísticos en la Sagrada Custodia, un culto tanto más a Cristo, cuanto más sacrificado; un culto de ferviente correspondencia de amor y de reparación, en una Adoración Nocturna, a manera de Vela o Vigilia en honor del Divino Rey, en el Misterio de su Amor.

Llegó la Hora de Dios; y como tantas veces lo ha hecho en la Historia de la Iglesia, quiso valerse de un instrumento humilde y sencillo para la realización de su inefable designio.

El año 1848, un joven judío, convertido plenamente a la Religión Católica, ingresado poco después en la sagrada Orden de Carmelitas Descalzos, y ordenado sacerdote, recorrió casi toda Europa, propagando la Adoración Eucarística; y como complemento de todo lo anterior, fundó la Adoración Nocturna.

La primera Vigilia se celebró el 6 de diciembre de 1848 en la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, la noche misma en que el Papa Pío IX salía para Gaeta, desterrado por el Gobierno Piamontés, hecho dueño de Roma.

A partir de aquella memorable fecha, se fue propagando la Adoración Nocturna por todas partes, hasta su completo desarrollo y perfecta organización, que fue en 1877. Desde entonces, la Adoración Nocturna vive, se extiende y fructifica con las más copiosas bendiciones del Señor. Es una gran honra de la Iglesia. Es el gran homenaje sacrificado de adoración, amor y reparación a Cristo; el cual tiene sus singulares y amorosas complacencias en sus Adoradores Nocturnos.

* * *

Después de este breve relato del origen histórico de la Adoración Nocturna, tal como desde entonces se viene haciendo en la Iglesia de Cristo

con renovada y perfeccionada organización; se nos vuela el corazón, sin poder reprimirlo, a otro origen de la misma Adoración Nocturna; origen que es de casi veinte siglos; origen incomparablemente más excelso, amable y admirable que el anteriormente referido; y que asimismo, si se entiende bien, se puede llamar, en sentido verdadero, origen primordial y principalísimo de ella; pues lo es en lo esencial, aunque haya diferencias accidentales entre uno y otro origen; el que hemos visto, y el que con la ayuda del Señor vamos ahora a ver.

Y al contemplar con el alma encendida en santos afectos el que bien podemos llamar origen primordial de la Adoración Nocturna; podremos, con ferviente devoción, recordar quiénes fueron los primeros Adoradores Nocturnos de Jesucristo.

Sucedió, digámoslo con segura convicción, en la Noche más hermosa, maravillosa y santa que han visto los siglos de la historia humana; la que por excelencia llamamos «Noche Buena», la del Nacimiento de nuestro Salvador y Redentor Jesucristo, en la gruta de Belén.

Guiados por el Evangelio, podemos fácilmente recomponer la Historia, siempre antigua y siempre nueva, de aquella Noche, Noche de paz, Noche de amor, en la que, como canta la Iglesia, en el himno Eucarístico «Pange, lingua», decimos en unión de Ella con profundo amor y agradecimiento: «Nobis datus, nobis natus ex intacta Virgine». A nosotros nos fue dado; para nosotros nació de una Virgen Purísima el Hijo de Dios, hecho Hombre.

Dice así el Evangelio: «Subió José desde Galilea, de la ciudad de Nazareth, a la Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, para inscribirse en el Censo, juntamente con su Esposa, que estaba encinta. Y sucedió que estando ellos allí, se le cumplieron a Ella los días del parto; y dio a luz a su Hijo primogénito; y le envolvió en pañales, y le recostó en un pesebre, pues no había para ellos lugar en el mesón» (Lc., 2. 4-7).

Antes de pasar adelante, expliquemos el verdadero sentido de los datos evangélicos.

La distancia de Nazareth a Belén es de unos 120 kilómetros. Y el lugar en que se tuvieron que recoger María y José, por no haber para ellos lugar conveniente y decoroso en el mesón público, o Caravanera, fue, según una antiquísima

tradicción, de plena seguridad, una cueva o gruta, próxima a Belén; cueva donde con frecuencia eran recogidos animales; por lo cual había en ella un pesebre. Tiene aún más importancia hacer constar que al decir el Evangelista San Lucas que María dio a luz a su Hijo *primogénito*, usó un término técnico, que se aplicaba al hijo en quien se habían de cumplir las leyes relativas a la primogenitura; respecto de las cuales era indiferente que al primogénito sucediesen, o no, hermanos. Así, pues, Jesús fue *legalmente* primogénito; *realmente* unigénito Hijo de María; lo mismo que de Dios Padre; pues es verdad de fe que María fue perpetuamente Virgen.

El hecho, consignado por el Evangelio, de que María envolvió al Divino Niño en pañales, y le recostó en un pesebre, por sí misma, da a entender claramente que el sagrado y virginal parto se vio exento de los dolores anejos a los alumbramientos ordinarios. Nació Jesús, dice hermosamente Fr. Luis de Granada, como cuando un rayo de sol atraviesa un limpiísimo cristal, sin romperlo ni mancharlo.

Ahora, para nuestro intento, veamos como estaba Jesús en el pesebre, y cómo está en la Sagrada Custodia de nuestros templos.

La diferencia es accidental, pues en la Custodia está Cristo, y está verdadera, real y sustancialmente presente; pero está oculto bajo las especies de pan; está escondido, todo El, tanto su Divinidad como su Humanidad, en los velos eucarísticos de las apariencias visibles de pan. Mas lo principal es que en la Custodia está Cristo presente, en estado de Víctima, por la inmolación de amor y de obediencia con que nos redimió; inmolación consumada por El en la Cruz, y renovada incruentamente por El mismo en el Sacrificio Eucarístico de la Misa en el Santo Altar. Y como Cristo mantiene esa inmolación, mientras duran sin corromperse las especies de pan, en la Custodia; por eso es plena verdad que en la Custodia está «en estado de Víctima».

Ahora bien; en el pesebre de Belén había asimismo una inefable ocultación; pues el Verbo de Dios, hecho Hombre por nosotros y por nuestra salvación, estaba allí escondido, cuanto a su Divinidad, bajo los velos de la Carne humana, que quiso tomar de María, su Madre-Virgen, para ser en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado. Más aún; su Divinidad estaba escondida bajo los velos humildísimos de un Niño recién nacido, que, siendo Dios, estaba reducido al esta-

do de un Niñito. ¡Gran ocultación, ciertamente!

Pero también, y esto es lo principal, estaba en el pesebre de Belén en estado de Víctima; como lo expresa con admirable inspiración y evidente verdad la Santa Iglesia, al cantar en una estrofa de un precioso himno del Tiempo de Adviento: «Commune qui mundi nefas, — Ut expiaries, ad Crucem, — E Virginis Sacratio, — Intacta prodis Victima». — Es decir: para expiar los pecados de todos los hombres, sales del Sagrario de la Virgen, como purísima Víctima para ir a la Cruz.

Así contempla y expresa la Iglesia la realidad verdadera y el profundo sentido del Nacimiento de Cristo; y así le adora, a través de los siglos, en el pesebre de Belén; y lo hace y expresa así con toda verdad; pues Cristo, ya en el primer instante de su Encarnación, en el seno de la Virgen-Madre; y como ya estaba profetizado en el Salmo 39, y lo consigna San Pablo, «Cuando entró en el mundo, dijo al Padre: aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad. Y conforme a esa voluntad, todos quedamos santificados por la oblación del Cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre» (Hebr., 10, 7-10).

Fue voluntad del Padre que Cristo nos redimiese como único y eterno Sacerdote, del cual es propio ofrecer sacrificios a Dios; pero que en el caso de Cristo, debía El ofrecer el Sacrificio de Sí mismo, como Víctima gratísima al Padre Celestial, para el perdón de los pecados; y en la forma que era voluntad del Padre: redención por el penosísimo Sacrificio de toda su vida, consumado en la Cruz.

El primer instante de la vida humana de Cristo fue como el Ofertorio de su propio Sacrificio, pues ya entonces se ofreció a la inmolación de obediencia a la voluntad del Padre, y con todo su amor. Y con plena conciencia el Alma santísima de Cristo estuvo manteniendo su inmolación, mientras, durante nueve meses, se iba formando su Cuerpo con la Sangre para nuestra redención.

Al nacer, pues, y en la más absoluta pobreza y abatimiento, en una Noche del frío invierno, nació como Víctima para llegar a la Cruz, consumación dolorosísima y afrentosísima de una vida de sufrimientos, de una vida de perpetuo *Sacrificio* de Sí mismo, en constante inmolación de amor y de obediencia. Y en ese mismo estado de Víctima, fue recostado por María en el pesebre.

Siendo, pues, en cierto modo accidental la diferencia de los velos que le ocultaban en el pesebre y los que le ocultan en la Custodia; estando, lo mismo en el pesebre que en la Custodia, en estado de Víctima, lo cual es lo esencial; y habiendo tenido El entonces adoradores, y en las horas de la callada noche, ¿no podemos decir que en la cueva o gruta de Belén tuvo su primordial origen la Adoración Nocturna? — Cierto que sí.

Y, ¿quiénes fueron sus primeros Adoradores Nocturnos? — La Virgen María, San José, y los sencillos pastores del valle de Belén.

Ante todo, y mejor que nadie en todos los siglos, la Virgen Madre; pues si al dar a luz al Divino Salvador, y habiéndolo envuelto en pañales, no se lo quedó en su regazo, sino que lo recostó en un pesebre, como nos refiere el Evangelio, bien podemos pensar que esto lo hizo para postarse en ferventísima adoración, ante el que siendo su Hijo, era Hijo de Dios, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero; Engendrado, no hecho, y consustancial con el Padre; el Verbo de Dios por quien fueron hechas todas las cosas.

Adoración de viva y muy meritoria fe; pues creyó firmemente que era el Hijo de Dios vivo, aquel su Hijo, que como Niño recién nacido, daba tenues vagidos, lloraba al igual que los demás niños. Creyó en la Divinidad de su Hijo, aun viéndole tan pequeñito, sin poder valerse por sí mismo; necesitado para todo de los cuidados de Ella, su Madre. Y adoración de amor encendidísimo y de entrega total al servicio de su Hijo, en bien de todos los hombres. Ella, la Esclava del Señor, adoraba y se entregaba con inefable amor de Madre al «Siervo fidelísimo de Yahvé», como fue anunciado por los Profetas el Mesías, Salvador del género humano. No hay palabras para explicar la perfección maravillosa de aquella Adoración, llena de respeto y de amor, de reverencia y de confianza, con que la Virgen Madre adoró a su Divino Hijo, recostado por Ella en el pesebre.

Y al lado de María, su virginal Esposo San José, el cual, unido en unos mismos sentimientos de fe y amor, de entrega y consagración, a los de su castísima Esposa, estuvo adorando a Jesús con suma perfección, ofreciéndose a emplear toda su vida en el trabajo más sacrificado y amoroso, para sustentar y servir a aquel Divino Niño, del cual dice San Agustín: «El Espíritu Santo dio a José su Hijo, por medio de su Esposa, Virgen». Y la realidad fue que San José hizo con el Divino

Salvador las veces de Padre; y por sus esfuerzos, sus cuidados, su trabajo, fue defendido y sustentado el Hijo de Dios, hecho Hombre.

Finalmente, los pastores. Ilustrados por el gozoso anuncio del Angel, y llenos de júbilo por el canto de los Coros Celestiales, fueron presurosos a Belén, «y hallaron a María y a José, y el Niño recostado en el pesebre» (Lc., 2, 16). A esta escena de sublime sencillez se la llama en la Tradición y en el Arte cristiano con el nombre de «la Adoración de los Pastores»; pues de seguro no se limitaron a ver al Niño, y a María y a José, sino que también, iluminados por el Espíritu Santo, se postraron ante el Niño para adorarle; y en su ingenuidad y pobreza, le ofrecieron sus dones; y creyendo en la palabra del Angel, reconocieron en aquel Niño a su Salvador, a su Mesías y a su Señor, como lo habían oído del Angel que les dio gozosísima noticia. Su fe sencilla y su amor sincero agradaron al Divino Infante, que desde su pesebre les llenó de dones divinos.

Tales fueron los primeros Adoradores Nocturnos de Jesucristo. En la adoración de ellos, grandes ejemplos para los de ahora.

Termina el relato evangélico con unas pala-

bras que bien podemos decir que contienen el objeto de la oración y el fruto de la Adoración, con que los Adoradores Nocturnos de nuestros tiempos, y en lo sucesivo, hacen su Vela o Vigilia ante su Salvador y Señor, expuesto en la Sagrada Custodia. Dice San Lucas: «María conservaba todas estas cosas, confiriéndolas o meditando en su Corazón» (Lc., 2, 19).

Si los Adoradores Nocturnos hacen su Vigilia de oración con viva fe y con ardiente amor, recordando las enseñanzas, los ejemplos, las virtudes, y, sobre todo, el amor inmenso con que Cristo nos amó y se entregó por nosotros; si además de repasar todo esto en su memoria, lo meditan y confieren en su corazón, a imitación de lo que hizo la Virgen-Madre; y si piden con súplicas humildes, confiadas y perseverantes al mismo Cristo, la mayor de las gracias, que es la de corresponder al amor de El con un amor semejante al Suyo; un amor que se funde en el conocimiento interno del mismo Cristo, y se muestre en imitarle y seguirle en todo; un amor que como el de Cristo sea de obras y de sacrificios; saldrán ciertamente de su Vigilia Nocturna con el corazón enriquecido por el mayor de los tesoros: el conocimiento, el amor, el deseo de Cristo Jesús.

EL PADRE ROBERTO CAYUELA, S. I.

A los 89 años de edad y 74 de vida religiosa falleció el 16 de mayo, en Valencia, el P. Roberto Cayuela. Nuestra revista le debe durante largos años una colaboración asidua, en la que los temas más nucleares y de más urgente actualidad han sido tratados con excepcional sabiduría teológica, y con el fervor y unción que caracterizaban el espíritu y las actitudes del santo religioso.

Para el presente número sobre la adoración nocturna el P. Cayuela había preparado el artículo que publicamos a modo de editorial. Próximamente le dedicaremos en nuestras páginas el merecido homenaje y recuerdo, a la vez que ofreceremos una selección de algunos de sus trabajos más significativos.

La adoración Eucarística en la vida de la comunidad cristiana

Frag. de la Conferencia pronunciada por el Cardenal Marcelo González Martín, Primado de España en el Congreso Eucarístico Nacional de Valencia en mayo de 1972.

La Eucaristía: Síntesis de la economía de la salvación

«En la Santísima Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber: Cristo mismo, nuestra Pascua y pan vivo por su carne que da vida a los hombres, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo. Así son ellos invitados y conducidos a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas sus cosas en unión con El mismo. Por lo cual, la Eucaristía aparece como la fuente y la culminación de toda predicación evangélica, como quiera que los catecúmenos son poco a poco introducidos a la participación de la Eucaristía, y los fieles, sellados ya por el sagrado bautismo y la confirmación, se insertan por la recepción de la Eucaristía plenamente en el cuerpo de Cristo» (CV II *Presbiterorum ordinis* 5).

El misterio de la Eucaristía es la síntesis de la economía de la salvación. Representa el sacrificio redentor y nos permite participar en él. Se identifica con el Verbo encarnado; la presencia real de Cristo perpetúa su Encarnación en el mundo que vivimos. Esta presencia, prolongación de la liturgia sacrificial, es permanentemente en medio de los suyos en cuerpo y alma.

La Eucaristía centro vivo de la comunidad cristiana

El misterio de la Eucaristía es el centro vivo de la comunidad cristiana porque es el centro de nuestra religión cristiana, de nuestro culto y de nuestra moral ya que tiene que ser expresión del Amor y de las exigencias de ese amor. El punto de convergencia de los demás sacramentos porque El es la misma gracia.

La Eucaristía hace a la comunidad verdadera comunidad de fe y esperanza

Sí, la Eucaristía hace a la comunidad verdadera comunidad de fe y esperanza porque es el centro vivo de la comunidad cristiana, como hemos visto. Es comida, bebida, sacrificio, presencia continua del misterio de salvación, muerte y resurrección.

El misterio de la Eucaristía viene a ser dentro de cada hombre y dentro de la comunidad el «manantial de agua que manará hasta la vida eterna» (Jn. 4, 14). La Eucaristía suscita un clima de oración, de participación, de interioridad, de familia, de seguridad, de confianza, de intimidad, es decir un clima de fe y esperanza porque estará con «nosotros hasta la consumación de los siglos». Tenemos que ir a los hombres llenos de Eucaristía porque sólo Cristo puede librarnos del egoísmo y de la cerrazón. Y tenemos que volvernos a Dios Unidos por el mismo Señor, por la misma fe y la misma esperanza, porque la Eucaristía es en sí misma también acción de gracias, alabanza y gloria de Dios. Por el misterio de la Eucaristía se realiza realmente la unión en Cristo de la comunidad cristiana. Es misterio de la unión de todos en Cristo y por Cristo en Dios. «Lo mismo que me ha enviado el Padre, que vive, y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí» (Jn. 6, 57).

La Eucaristía nos anuncia constantemente la vuelta de Cristo como Señor que dará a la Historia todo su significado. «En verdad, en verdad os digo que antes que naciese Abraham, Yo soy» (Jn. 8, 58). «Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles se sentará en su trono de gloria. Serán congregados

delante de El todas las naciones y El separará a los unos de los otros...» (Mit. 25-31). Ahora en la Historia parece que sólo existen las realidades sociales, políticas, económicas, culturales, científicas. Gobiernan los intereses y las voluntades justas o injustas de los hombres. Reina el afán de poder, de ambición, de gloria, de placer, de bienestar. Son bienaventurados los ricos, los poderosos, los que ríen, los que triunfan. Los hombres hablan del silencio de Dios, de la muerte de Dios, pueden volver a rechazar a Cristo como Dios y como hombre verdadero. Pueden hacer todo lo contrario a la ley evangélica y no les sucede nada. Ni siquiera tienen muchas veces, los mismos cristianos, incluso teólogos, frente al misterio de Dios revelado por Cristo, la actitud recta, justa y verdadera que el científico y el sabio tienen en su afán noble de investigación y descubrimiento. Pero la figura de Cristo rebasa todos los límites. Aunque la vida humana aparezca ajena a Cristo y dominada sólo por la voluntad y la inteligencia del hombre, El es el dueño y Señor. El da sentido a la vida y a la muerte; todo lo que sucede contribuye al bien de los que le siguen. En Cristo reside la auténtica fuerza creadora y regeneradora de la Historia de la Humanidad. Nadie, nos dice San Pablo, puede engañarnos con filosofías nuevas fundadas en el saber de los hombres y en los elementos del mundo; en Cristo está toda la plenitud (Col. 2, 8-10). «El nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al Reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención: el perdón de los pecados. El es imagen del Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque en El fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por El y para El, El existe con anterioridad a todo, y todo tiene en El su consistencia. El es también la cabeza del cuerpo de la Iglesia: El es el principio, el Primogénito de entre los muertos para que sea El, el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en El toda la plenitud y reconciliar por El y para El todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz lo que hay en la tierra y en los cielos» (Col. 1, 13-20).

La adoración a Dios fundamento de la más rica interioridad humana

El acto de adoración, dice Romano Guardini, tiene algo de infinitamente auténtico, bienhe-

chor, constructivo. Tiene algo que da salud. «Nuestra adoración de Dios es la que garantiza la pureza del espíritu. Mientras el hombre adore a Dios, se incline ante Dios como ante el ser que «es digno de recibir la potencia, el honor y la soberanía» porque es el verdadero y el Santo, queda al abrigo de la mentira. La pureza y la santidad del espíritu son las fuerzas más grandes del hombre pero también son, teniendo en cuenta su pobre naturaleza, las fuerzas más vulnerables y más fáciles de seducir. Deben ser protegidas. Debe haber un medio para que el hombre pueda distinguir siempre lo verdadero de lo falso, lo puro de lo impuro. Que el hombre no haga el bien que ha reconocido como tal es grave y le hace «digno del juicio». Pero lo que es mucho peor y terrible es la actitud torcida respecto de la verdad misma; esta actitud es la mentira que entenebrece la mirada porque tiene su asiento en el espíritu. He aquí por qué debe haber un medio para renovar incesantemente en el corazón el amor a la verdad, para purificar el espíritu, aclarar la mirada, vigorizar el carácter. Este medio es la adoración. No hay nada más urgente para el hombre que aprender a inclinarse con todo su ser ante Dios, a abrirle un espacio en su interior, para que Dios penetre y reine en él, porque Dios es digno de hacerlo. Pensar que Dios es digno de adoración, infinitamente digno porque es Aquel que es, y adorarle interiormente es un acto grande y santo que cura completamente el espíritu.

La oración no es tan sólo la expresión de la vida interior del hombre, la cual quiere salir al exterior, sino también un acto voluntario del hombre que se educa a sí mismo. Adorar a Dios no nos resulta fácil por naturaleza, sino que hemos de aprender a realizar esta práctica y para ello hemos de ejercitarnos en ella: arrodillarnos y decirnos que Dios es y reina, es digno de poseer la soberanía sobre todas las cosas, que es digno de ser Dios... Acaso encontremos una gran dulzura en el pensamiento de que Dios es digno de ser Dios. Este pensamiento ha abrasado de amor a muchos santos. («*El Señor*», Romano Guardini. T. II, pág. 347-349).

La adoración a Dios es la verdad y la vida misma de nuestra eternidad, la apertura total de nuestro espíritu. «Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar, de todas naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie, delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gri-

tan con fuerte voz: «La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono y del Corde-ro». Y todos los Angeles que estaban en pie alrededor del trono, de los ancianos y de los cuatro Seres se postraron delante del trono rostro en tierra, y adoraron a Dios diciendo: «Amén. Alabanza, gloria, sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fuerza a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén. (Apoc. 7, 9-12.)

El que adora afirma con todo su ser que El Señor es Dios, por eso el que adora escucha la palabra de Dios y la pone en práctica. Sabe que sólo Cristo es la luz verdadera y que sólo habrá claridad en él cuando sea iluminado por esa luz. El que adora a Dios en la tierra: cree, espera y ama; los que adoran a Dios en el cielo: aman. El acto pleno de adoración es el acto pleno de amor. Toda nuestra oración y nuestra liturgia están penetrados de ello. «Te adoramos, te bendecimos, te glorificamos». Por las tendencias superficiales y tan dispersas de nuestra época es difícil para el hombre esta auténtica interioridad, le cuesta consolidar su núcleo más personal y establecer una postura sólida de reconocimiento y adoración que sólo se logra por la oración y relación personal con Dios. Hasta en lo humano el conocimiento de la verdad tiene una exigencia que se llama: silencio, reflexión, meditación. «Tu mejor servidor es el que no pretende tanto oír lo que quiere cuanto querer lo que oye de Ti». (San Agustín. *Confesiones*. X, 26). ¡Cuánto silencio y cuánta oración para ser buen servidor!

La adoración eucarística

La piedad litúrgica no sería verdaderamente cristiana si su intención fuera la de tirar por tierra cada una de las formas de piedad-eucarística, sacramental, contemplativa, laudativa, que lejos de ser extrañas a la Misa, le proveen de su estructura, su subsuelo, su ambientación.

¡Quién puede reducir la adoración a Cristo Eucaristía y quedarse satisfecho con los brevísimos momentos que tenemos durante la celebración del sacrificio! Hacer esto sería condenar nuestra oración a una práctica totalmente exterior y sin vida. Seamos consecuentes con lo que la misma vida nos grita. ¿El amor y la amistad, los sentimientos más nobles y grandes son fruto sólo de un momento, viven sólo de momentos cumbres o existen esos momentos «más cumbres» cuanto más rica sea su continuidad? El hijo esperado, el matrimonio que se ama, la amistad fiel ¿de

cuántos días sencillos, de cuánta cotidianidad, de cuánto trato, de cuántos mil detalles se alimentan? La adoración y devoción a Cristo en el sacramento no puede entenderse de otra manera que como prolongación de la adoración y culto ofrecido en el sacrificio del altar. Se acabó por negar la presencia de Cristo a partir de posturas extremas en las que acabada la celebración eucarística como banquete ya no requería más tiempo la presencia de Cristo en el pan y en el vino. Y donde se minimiza la presencia real y sustancial de la Eucaristía, los demás sacramentos son poco más que sacramentales o simples prácticas eclesiológicas. Se minimiza también lo esencial de la sucesión de los apóstoles y el ministerio sacerdotal, y la Iglesia queda reducida a la asamblea invisible de los elegidos.

La adoración eucarística en la comunidad cristiana

La Hostia que adoramos ha sido consagrada en la Santa Misa, está destinada a ser alimento de miembros de nuestra propia comunidad. La Hostia que adoramos de manera comunitaria o en privado, esas Formas que permanecen en el sagrario ¿no tendrían que estar totalmente impregnadas de adoración, de amor, de anhelos de purificación y conversión, de la alegría y el dolor de los cristianos, del ofrecimiento del trabajo diario?

La Eucaristía, y por consiguiente el culto eucarístico fuera de la misa, tiene una importancia inigualable. Tanto desde el punto de vista «cultural», como forma de adoración de agradecimiento, de propiación y de impetración, que comprende los mismos fines del sacrificio, cuanto desde el punto de vista «ascético y místico», ya que sin una genuina piedad eucarística no se da verdadero alimento al apostolado ni se asegura la fidelidad de las vocaciones eclesiológicas y del ministerio sacerdotal (cfr. *Presbyterorum ordinis*, 4-5); desde el punto de vista «eclesial-comunitario», porque la Eucaristía es conservada en los templos y en los oratorios como centro espiritual de la comunidad religiosa y parroquial, más aún, de la Iglesia universal y de toda la humanidad (Encíclica *Mysterium fidei*: AAS 57, 1965 p. 772); desde el punto de vista «social y humano», como inspiradora de caridad y espíritu social; y por último, también desde el punto de vista «ecuménico», como fuente y alimento de unidad, según los principios que hemos expuesto en nuestra

mencionada Encíclica *El culto de la Eucaristía en la vida de la Iglesia*. (Discurso del Papa, etc., ya citado *L'Observatore*, 12 marzo, pág. 2-3.)

La adoración eucarística es un tesoro que la Iglesia no abandonará. Cada monasterio, cada comunidad religiosa que se consagra a la adoración de Cristo en la Eucaristía es signo de la continuidad de la vida de oración de la Iglesia alrededor de su Cabeza, es luz y sal de la comunidad cristiana a la que empapa de espiritualidad y de oración, de silencio, de recogimiento amoroso, de anhelos de unión y de caridad en torno a la máxima expresión de comunión. Es un ejemplo y una invitación constante para que todos los cristianos nos unamos también así a la oración de Cristo.

Silencio del alma

Son palabras del Papa Juan XXIII en su encíclica *Sacerdotii nostri*. «La oración larga y continua del sacerdote ante el Santísimo Sacramento del altar tiene una eficacia que el sacerdote no podrá conseguir de ninguna otra manera. No existe un sustitutivo de tal oración. Cuando el sacerdote adora a Cristo, el Señor, y le da gracias, cuando ofrece satisfacción por sus propios pecados y por los pecados de los demás o cuando ora ardientemente para encomendar a Dios los asuntos a él confiados, arde en un amor más profundo hacia el divino Redentor, al que él mismo ha prometido fidelidad, y hacia los hombres en favor de los cuales ejerce su ministerio pastoral.»

CONCLUSIONES

Perfeccionense, cuanto sea posible, las formas y modalidades de la adoración eucarística, pero que no se destruyan. Las visitas a Jesús Sacramentado, las bendiciones eucarísticas, las procesiones del Corpus, las vigiliias eucarísticas, las asociaciones como la Adoración Nocturna o la que ha nacido recientemente en Francia con el nombre de «Unión Eucarística pro mundi vita», siguen siendo tan válidas y tan estimables en la Iglesia de hoy como en la de ayer, hablando en términos generales. Estúdiese el perfeccionamiento de sus expresiones, y aquí es donde la iniciativa de nuestra fe y nuestro entusiasmo puede servir eficazmente, para orientar mejor, no para

olvidar. Es error pastoral de trágicas consecuencias que se pierda la piedad eucarística en torno al sacramento de la presencia real, en nuestras comunidades parroquiales o diocesanas, en nuestros seminarios o noviciados, en nuestras casas religiosas. La historia demuestra que cuando todo quiere reducirse a participar en el sacrificio despreciando lo demás, termina por desaparecer la fe en el sacrificio de Cristo y el altar se convierte en nuevo rito mágico sin profundidad o en un pretexto para la teología política mal entendida.

Está la Iglesia más necesitada de silencio que de palabras, pero no de un silencio opaco y triste, sino de aquel otro sobre cuya atmósfera flotan los gérmenes de la vida divina que llaman, estimulan, los fuerzan al amor y al perdón, nos libran de la aspereza de las acusaciones mutuas, nos capacitan para la lucha diaria, nos proporcionan paz y consuelo. Esto hace la Eucaristía, creída, amada y adorada. «Si tú hubieras estado aquí —le decían Marta y María al Señor— nuestro hermano no hubiera muerto». Aludían, sin darse cuenta, a la necesidad que tiene el corazón humano, y aún la fe, de una presencia cercana de Cristo en nuestra vida para que no se nos mueran entre las manos tantas cosas como queremos que sigan viviendo para poder vivir nosotros. La piedad eucarística en sus diversas formas de adoración y de súplica, como la piedad y devoción a la Virgen María, no son devociones de burgueses, como se ha dicho, sino del pueblo de Dios sencillo y multiforme que sufre y que ama y sigue adelante sin desesperarse. Conocemos a muchos sacerdotes, y religiosos, y seglares, adoradores de la Eucaristía, que son desde la humildad de sus vidas y sus profesiones, auténticos sembradores de paz y de justicia en la sociedad en que viven. No necesitan escribir artículos en periódicos y revistas para ayudar al hombre de hoy en su trabajo. Lo hacen sin hablar porque se sienten hermanos de todos. La Iglesia del futuro será lo que tenga que ser. No nos asusten las renovaciones legítimas que se hayan de introducir. Cambiarán muchas instituciones como cambian las culturas, y se acomodarán más a las diversas edades, costumbres, exigencias naturales, etc. Pero de una cosa podemos estar seguros: donde haya cristianos, hijos de la Iglesia Católica, habrá, en una forma u otra, adoradores de la Eucaristía que nos dejó el Señor como sacrificio y sacramento, como memorial de su pasión y como prenda de la gloria que nos espera.

SOLEDAT

*Quae utilitas in sanguine meo?
Medius vestrum stetit quem vos
nescitis.*

Empresonat al fons del Tabernacle,
doncs, què hi fa tot solet lo bon Jesús?
S'està com argenter en sa botiga,
de joies d'or i d'argent plena a curull,
i veient que no vénen a comprar-li'n,
a la portella surt
amb les mans plenes de brillants i perles,
i diu: «Teniu, preneu», als transeünts.
«Los qui patiu, veniu a mi», los crida;
«jo us retaré, jo aixecaré al caigut».
I els braços no li donen los qui cauen,
ni li demana el perseguit segur!
És una tont que diu: «Omplu los cànTERS:
mes aigües són de vida i de salut»;
mes de ses pures limfes
no va a pouar ningú,
i a beure de les aigües corrompudes
corre tothom a pestilents aljubs,
i, sol de nit i dia,
sol i abeurat de befes i d'insults,
compta els sospirs que surten de sos llavis,
les llàgrimes que brollen de sos ulls!

QUE ES LA COMUNIO?

*Es darse en comida Dios
cubierto debajo un velo
por endiosaros a vos.*

JUAN LÓPEZ DE UBEDA

És la taula sagrada on Jesucrist
a sos deixebles estimats convida
del vi d'amor que alegra el cor dels sants,
del pa del cel que els homes deifica.

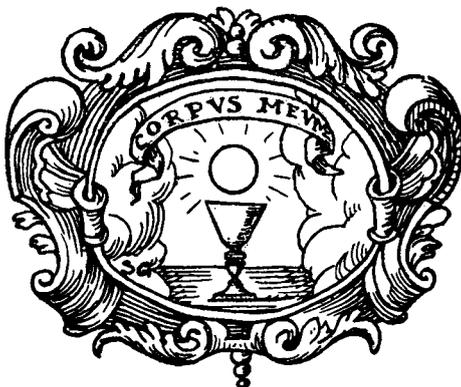
És aplicar lo llavi assedegat
del costat de Jesús a la ferida,
com al si de la mare l'infantó,
com l'abella a la rosa purpurina.

És unir nostre cor amb lo seu Cor,
com flama humil amb una immensa pira,
com una gota d'aigua amb la del mar,
que és, i no pas com Déu, sens fons ni mida.

És pendre'l en lo pit com Simeó,
tenir-lo en les entranyes com Maria;
és empeltar al seu lo nostre ser
i refondre en sa vida nostra vida.

POSTCOMUNIO

Dieume, Angelets:
¿d'on me ve la ditxa
de que el bon Jesús
a mos braços vinga?
És Jerusalem
qui avui me l'envia,
no pas la del món.
sinó la divina.
Me ve del cel blau,
i és fill de Maria.
Oh moment ditxós!
Hora beneida!
Encara que és rei,
no en porta la insígnia
duu el ceptre amagat
i corona espínea.
Reiet amorós



que mon cor estima,
disfressat veniu
al vassall qui us crida;
mes prou vos conec
amb la pelegrina
i amb l'aire retxós
que tant agracia.
Quedau-vos en mi,
puix la nit arriba,
que son fosc mantell
a la terra abriga,
i si us quedau Vós
me serà clar dia.
Quedau-vos-hi avui,
demà i mentre visca;
regnau sempre més
en l'ànima mia.

L'ALBA MILLOR

*¡Oh noche que guiaste!
¡Oh noche amable más que la alborada!
¡Oh noche que juntaste!
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!*

De vostra ara en la tarima
tota la nit he plorat.
¿A on plorarà qui estima
sinóals peus de l'Estimat?

A vostres peus jo plorava,
mes, ai!, separat de Vós.
Jo us volia i vos cercava,
mes lo sagrari era clos.

Com seguet que s'assoleia
sense veure l'astre rei,
prenia el sol i no el veia
en l'eucarístic solei.

Aquell solei m'era ombrívol,
aquell altar m'era trist:
fins lo temple és enyorívol
quan no s'hi té a Jesucrist.

La vetlla era llarga, llarga,
i, ai!, sense foc a la llar,
com una riera amarga
costosa era de passar.

Del matí a la primera hora
lo tabernacle s'obrí,
i hi floria una altra aurora,
com altra al cel no en florí.

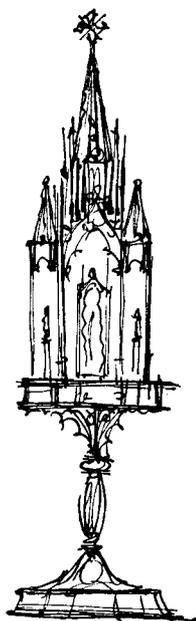
Vegi, Amor, la vostra cara.
Què hermosa era i resplendent!
Oh! ¿Por què hi sortia encara
lo sol lleig a l'orient?

MIRACLE DELS PEIXETS

*Quis divina neget panis mys-
teria, quando muto etiam piscis
praedicat ore fidem.*

(Dístic gravat en lo globo
d'Alboraia.)

Bé el sentireu cantar
lo miracle dels peixos d'Alboraia,



si a cantar-lo m'ajuda des del cel
Sant Antoni de Pàdua.

Demanà lo viàtic un malalt,
quan esclatava una hòrrida tempesta
d'aigües a rius i vents en terbolí,
llampecs i trons i pedra.

Perquè mori un malalt sens sagraments
l'infern entra en batalla.
¿Serien de sos monstres los lladrucs
aquella gran tronada?

No es deixa, no, esglaiar lo bon rector:
amb lo viàtic sobre el cor sortia.
Anant amb Déu, ¿què li podrà venir
que benvingut no sia?

Rodola lo temperi damunt seu,
bramula que bramula
Lo núvol bé n'escup de calabruix,
mes del rector ni un fil de roba es mulla.

Conforta al moribund amb pa del cel,
i torna après al poble d'Alboraia.
Mes, ai!, lo monstre que lladrà al venir,
l'espera en la tornada.

Quan arriba al Barranc de Carraixet,
eixut ara mateix com una roca,
com una serp que davallà dels cims
amb un torrent esglaiador se troba.

Fa el signe de la creu
i s'arrisca a través de les onades;
mes cau, i amb les onades cabdellat,
creu que avui serviran-li de mortalla.

Quan pot sortir amb vida de sos plecs,
regracia al Senyor, de qui era trono;
mes, ai!, volent estrènyer-lo en son pit,
se troba sense el globo.

Ho veuen los devots acompanyants
i es posen a pescar dintre l'escuma,
amb branques i bastons
escandallant la immensa revinguda.

I van amunt i avall
d'una vora de riu a l'altra vora.
Oh! A pescar-lo veniu, Angels del cel,
que els homes, ai!, no el troben.

L'obiren entre boga part davall,
mes, ai!, és arca oberta,
i la gentil conquilla d'or i argent
està sense la perla.

Les perles eren tres.
 Veniu, oh Trinitat!, en nostra ajuda.
 Si Vós no hi veniu pas,
 rodolaran al fons del mar perdudes.

Plorant, lo bon rector cau de genolls:
 —¿Com vos podré trobar en la riuada,
 Santíssim Sagrament?
 I sense Vós jo tornaré a Alboraia?

—No hi tornareu sens Ell, oh bon rector—
 —uns llauradors alegres li responen—;
 girau los ulls al riu:
 veieu venir quelcom sobre les ones?—

Tres peixos trauen a flor d'aigua el cap,
 duent quiscun una Hòtia en sa boqueta,

blanca com flor de lotus sobre el Nil,
 i hermosa com lo sol de primavera.

Los peixolins s'acosten humilment
 a posar en lo *pixis* sa becada,
 com si del Criador
 Sentissen la presència sobirana.

Saltironen après agosarats
 com per *Corpus* los seises de Sevilla,
 davant lo globo hermós que per dosser
 té les copes dels arbres de la riba.

Tot Alboraia acut en processó
 i s'omple de sos càntics la boscúria
 i d'amor a Jesús sagramentat
 lo regne de València se perfuma.

CANTAR DEL ALMA QUE SE HUELGA DE CONOCER A DIOS POR LA FE

SAN JUAN DE LA CRUZ

Que bien sé yo la fonte que mana y corre,
aunque es de noche.

Aquella eterna fonte está escondida,
 que bien se yo do tiene su manida
aunque es de noche.

Su origen no lo sé, pues no le tiene,
 mas sé que todo origen de ella viene,
aunque es de noche.

Sé que no puede ser cosa tan bella,
 y que cielos y tierra benen de ella
aunque es de noche.

Bien sé que suelo en ella no se halla,
 y que ninguno puede vadealla
aunque es de noche.

Su claridad nunca es obscurecida,
 y sé que toda luz de ella es venida,
aunque es de noche.

Sé ser tan caudalosas sus corrientes,
 que infiernos, cielos riegan, y las gentes,
aunque es de noche.

El corriente que nace de esta fuente,
 bien se que es tan capaz y omnipotente,
aunque es de noche.

El corriente que de estas dos procede
 sé que ninguna de ellas le precede,
aunque es de noche.

Aquesta eterna fonte está escondida
 en este vivo Pan por darnos vida,
aunque es de noche.

Aquí se está llamando a las criaturas,
 y de esta agua se hartan aunque a obscuras,
aunque es de noche.

Aquesta viva fuente, que deseo
 en este Pan de vida yo la veo,
aunque es de noche.

CORAZON DE JESUS, ACTO DE FE Y EUCARISTIA

ANTONIO SAMSÓ, S. D. B.

Amor Divino y Humano del Verbo Encarnado

Dios ha amado mucho a los hombres. La gran prueba de este amor la tenemos en que Dios Padre ha enviado a su Hijo al Mundo para redimir a la humanidad. En Jesucristo se manifiesta perfectamente el amor que Dios nos tiene. Pero como el corazón es el símbolo del amor, con razón se considera el Corazón del Verbo Encarnado como signo del amor divino para con nosotros...

El culto al Sagrado Corazón de Jesús «en lo esencial, no es sino el culto al amor divino y humano del Verbo Encarnado, y a la vez el culto al amor con que el Padre celestial y el Espíritu Santo aman a los hombres...» (Pío XII.)

No puede haber amor sin Amor...

No puede haber amor de Dios sin amor a los hombres, ya que ambos son una misma virtud teologal. Por la misma razón, tampoco puede haber auténtico amor cristiano al prójimo que no esté basado en el amor a Dios. Esto hay que recordarlo con energía, porque ahora muchos yerran creyendo que es posible y suficiente la caridad al prójimo, prescindiendo, incluso, del amor de Dios. Pero ya san Juan nos amonestaba: «En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: en que amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos» (Jn., 5, 2).

Sin amor a Dios, sería muy poca cosa el amor al prójimo, ni sería ya cristiano; pues yo debo partir del hecho que todos somos hijos de Dios, y sobre mis hermanos, además del afecto natural que les tenga, he de volcar todo el amor que debo a Dios, mi creador, redentor y padre maravilloso. Sin él no hay razón para que ame a todos, desconocidos o enemigos, y que los ame hasta dar la vida por ellos, según las Escrituras.

En otro aspecto, aunque el amor al prójimo sea exigido por el amor de Dios, y lo realice, es un error para cualquiera que admita la paternidad plena de Dios, pensar que se puede prescindir del Creador, del Señor, del Padre, sustituyéndolo

completamente por una criatura, cualquiera que sea. Es simplemente una idolatría más, cuyo fetiche de ahora es el hombre.

Una cosa es que amando al prójimo amemos a Dios y otra amar al prójimo sin recordar a Dios ni fundamentar en El nuestra caridad.

El Vaticano II reacciona vigorosamente contra esa desviación actual. Pone de relieve que del trato con Dios fluye el amor al prójimo; y que a éste hemos de amarle por El; que no pueden separarse ambos amores: «Para que la práctica de la caridad sea y parezca perfecta, es necesario ver en el prójimo la imagen de Dios y a Cristo, a quien en realidad se ofrece lo que se da» (A. A. 8).

Los papas y el Sagrado Corazón de Jesús

Los Papas han afirmado de modo claro y categórico que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús está enraizada en la Escritura y en la Tradición, que es un compendio de la vida Cristiana y un medio muy apto para conseguir la perfección. De ella se han seguido copiosos frutos para la Iglesia y aparece como el gran remedio para todos los males que aquejan a la humanidad. (La justicia social y la paz sólo serán posibles cuando los hombres entiendan que Dios les ama y que deben amarse como hermanos...).

Símbolo e imagen acabada del amor eterno

«Puesto que el Sagrado Corazón es horno de caridad ardiente, símbolo e imagen acabada de aquel eterno amor, con el que "tanto amó Dios al mundo, que le entregó su Hijo Unigénito" (Jn., 3, 16), estamos seguros que esta piadosa conmemoración ha de ayudar a investigar y entender las riquezas de este divino amor, y confiamos también que de ahí han de sacar todos los fieles mayores fuerzas para conformar su vida a las enseñanzas del Evangelio, corregir sus costumbres y cumplir perfectamente la ley divina.» (Pablo VI, «Investigables divitias».)

Al amor eterno de Dios debemos correspon-

der con nuestras obras. Sin embargo, las prácticas externas deben ser manifestaciones del verdadero espíritu de fe que es lo que les da su contenido, su valor y su eficacia.

Ante todo con el culto al Santísimo Sacramento...

Y ante todo deseamos que se rinda este culto al Sagrado Corazón por medio de una participación más intensa en el culto al Santísimo Sacramento, ya que el principal don de su amor fue la Eucaristía. Porque en el Sacrificio Eucarístico se inmola y es recibido el que está «siempre vivo para interceder por nosotros» (Hebr., 7, 25). Aquel cuyo Corazón fue abierto por la lanza del soldado, derramando así sobre todo el género humano el flujo de su sangre mezclada con agua. Además, en este excelso Sacramento, culmen y centro de todos los demás, «se saborea, como en su fuente, la dulzura espiritual y se recuerda la excelente caridad que Cristo nos mostró en su pasión» (Sto. Tomás).

Es preciso, pues, usando las palabras de San Juan Damasceno, que «nos lleguemos a este Corazón con deseo ardiente; para que su fuego quemé nuestros pecados, ilumine nuestros corazones y de tal manera nos haga arder que nos transformemos en Dios» (De fide orthob., 4, 16; PG. 94. 1150). (Pablo VI: «Investigabiles divitias».)

El Tibidabo, y el Sagrado Corazón de Jesús y la Eucaristía

San Juan Bosco profetizó un templo dedicado al Sagrado Corazón de Jesús. Si este templo tiene una misión que cumplir lógicamente es tributar culto al Corazón de Cristo y difundir su devoción. Pero se fija especialmente en la expiación y reparación.

Le corresponde según el voto del XXII Congreso Eucarístico Internacional de Madrid, que lo declaró nacional y expiatorio, y también porque la reparación, sobre todo eucarística, es una nota peculiar del culto tradicional al Sagrado Corazón de Jesús, según la doctrina de los papas.

Aumento de fe y trato con Cristo

«Los fieles permaneciendo ante Cristo, el Señor, disfrutan de su trato íntimo, le abren su

corazón pidiendo por sí mismos y por todos los suyos y ruegan por la paz y la *salvación del mundo*. Ofreciendo con Cristo toda su vida al Padre en el Espíritu Santo, sacan de este trato admirable un aumento de su fe, su esperanza y su caridad... Traten, pues, los fieles de venerar a Cristo, el Señor, en el Santísimo Sacramento de acuerdo con su propio modo de vida» (Eucharisticum Mysterium n.º 50).

La vida interior del hombre, aun en su más amplio significado, necesita tiempos dedicados a su fecundación o cultivo. El poeta, el médico, el ingeniero... cualquier hombre que quiera profundizar en el estudio y en la reflexión o en la sola relación de amistad con quienes convive, es preciso que se tome momentos determinados para ello. De lo contrario, lo externo le irá restando dinamismo y vigor.

Monseñor Danielou, en «Oración y política», afirma que el hombre de hoy es un alienado, un hombre que ha perdido la posibilidad de encontrarse a sí mismo, que ya no sabe quién es, que sólo responde a las solicitudes que perpetuamente vienen de fuera y que termina, por tanto, despersonalizándose.

Vivir en la esperanza de una consumación definitiva

Y, cuando de lo que se trata es de la vida interior, de dinamismo interno de conocimiento del amor de Dios y del prójimo, que hay que vivir en la esperanza de una consumación definitiva, esto es más necesario todavía. Porque nos hallamos ante realidades intangibles y de las que nos falta evidencia. Y porque, en contraste, las solicitudes de lo externo tangible y evidente son cada día más fuertes y más eficaces en los medios de insinuación y de atractivo.

El corazón traspasado, signo del amor eterno del Verbo Encarnado

«Porque, en efecto, como todos saben, la meta principal del Concilio es la restauración de la disciplina pública y privada en todos los ámbitos y campos de la vida cristiana, de modo que respaldada con nueva luz el misterio de la Santa Iglesia. El cual no puede dignamente entenderse, si no consideramos atentamente el amor eterno

del Verbo Encarnado, cuyo expresivo símbolo es su mismo Corazón traspasado. Porque, como leemos en la constitución conciliar, «la Iglesia, o Reino de Cristo, presente ya como misterio, se desarrolla visiblemente en el mundo por la fuerza divina. En este nacimiento y desarrollo se significan por medio de aquella sangre y agua que salieron del costado abierto de Jesús crucificado» (De «Ecclesia», número 3). Porque en realidad de aquel corazón herido del Redentor nació la Iglesia y de él se alimenta, ya que Cristo «se entregó a Sí mismo por ella, para santificarla, purificándola por el agua, en virtud de la palabra de vida» (Efesios, 5, 25). (Pablo VI: «Diserti intérpretes».)

La oración y el retiro, que deben ir siempre unidos —teniendo en cuenta la variedad de tipologías psicológicas—, hay que considerarlos entonces como medios excelentes de preservación y de contraataque para mantener la vida del Espíritu, amenazada, por lo que se opone al plan de Dios. (Ef., 1, 3-10; D.V. 2.)

El culto al Sagrado Corazón de Jesús, fundado en la Eucaristía

Sin embargo, la gran motivación para dedicar tiempos especiales a la oración y el retiro procede de la fe, que, de manera muy especial, se expresa por la oración y por ella también se potencia y se acrecienta.

«Y puesto que el Concilio Universal recomienda en gran manera «los ejercicios de piedad cristiana, especialmente cuando son realizados por voluntad de la Sede Apostólica» (Cont. de la Liturgia, art. 13), parece que éste ante todos hay que inculcar, puesto que (como dijimos antes) todo este culto se dedica a adorar y reparar a Jesucristo, y está fundado sobre todo en el augusto misterio de la Eucaristía, de la cual, como de todas las acciones litúrgicas, «se sigue la santificación de los hombres en Cristo y la glorificación de Dios, a la que tiende toda la actividad de la Iglesia como a su fin» (Ibíd., art. 10). (Pablo VI: «Investigabiles divitias».)

Oración y acto de fe

De las múltiples expresiones que puede adoptar nuestra vida de fe (el testimonio, la acción, la palabra...) es la oración una de ellas.

La oración será auténtica expresión de fe, solamente cuando se la realice y entienda en su

recto sentido: como expresión de una fe, que siendo individual y personalísima, es al mismo tiempo comunitaria.

La fe, como don personal comunicado por Dios al hombre, tiene dos dimensiones: la individual y la comunitaria. Las cuales corresponden precisamente a los dos niveles de desarrollo de la persona humana: por una parte individuo y, por otra, sujeto en relación y que no puede realizarse como persona sino en sociedad y en comunicación con los demás hombres.

Por ello, el acto de fe necesariamente tiene que ser expresado en esos dos niveles del desarrollo de la persona. Y no será suficiente vivir la fe en el solo plano personal-individual, sino que habrá que vivirla también en el plano personal comunitario.

Opción personal, sincera y coherente del cristiano

El cristiano es el hombre a quien ha llegado la revelación explícita de Jesucristo (Mt., 28, 19-20) y que se ha comprometido con él en opción personal, sincera y coherente.

Vivir a fondo la fe es vivirla en tensión constante entre la fidelidad cabal con Dios y con el prójimo en Jesucristo, a la continua tentación hacia un espiritualismo desencarnado y angelista o hacia un compromiso (llámesele social, político o económico) de signo materialista y ateo. «Es vivirla en profundidad, mirando al fondo de las cosas: de la vida, de las personas, de Dios mismo. Es vivirla en verdad, de frente, sin miedo a consecuencias que pueden resultar duras y dolorosas, muchas veces» (Agacino: en «Oración. ¿Reajuste? ¿Renovación?».)

La espiritualidad que nos pide el Concilio

«Este plan nos parece más apto para que el Culto al Sagrado Corazón, que —con tristeza lo decimos— ha decaído en algunos, ya en adelante florezca más cada día y se estime por todos como excelente y genuina forma de piedad. Esta piedad exige nuestro tiempo, conforme a las normas insistentes del Concilio Vaticano II, para con Cristo Jesús, Rey y centro de todos los corazones, que «es cabeza del cuerpo místico de la Iglesia, el Principio, el Primogénito de todos; así El tendrá siempre la primacía de todo» (Col. 1, 18). (Pablo VI: «Investigabiles divitias».)



EL TEMPLO DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS DEL TIBIDABO

PEDRO OCHOA

Podemos considerar al Templo del Tibidabo como símbolo de la razón de este número de Cristiandad. Por una parte es Templo dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, por otra es Templo expiatorio y en él hay Adoración Eucarística Perpetua. Además, la mayoría de los colaboradores de esta revista pertenecemos a la Adoración Nocturna del Tibidabo.

Queremos recordar en este artículo los puntos esenciales de la historia del Tibidabo y rendir homenaje en el segundo aniversario de su muerte, al que fue Rector del Templo, Padre José María Enseñat.

La profecía de San Juan Bosco

Durante la visita que San Juan Bosco hizo a

Barcelona en 1886, los propietarios de la cumbre del Tibidabo cedieron al santo la propiedad de la misma, para que allí se construyera una ermita dedicada al Sagrado Corazón. Al escuchar la ofrenda el rostro de Don Bosco se iluminó, ya que anteriormente había tenido alguna inspiración en este sentido, y exclamó «Católicos barceloneses, vosotros sois en estos momentos, instrumentos de la Divina Providencia. Sobre el Tibidabo se alzarán, no una ermita, sino *un gran templo que dará mucha gloria a Dios* y será testimonio de la fe del pueblo español».

En el mismo año se construyó una pequeña ermita y en 1902 se iniciaron las obras del actual templo. En 1911 se inauguró la Cripta y al año siguiente la comunidad salesiana se instaló definitivamente en el Tibidabo.

Templo Nacional Expiatorio y Adoración Perpetua

El 28 de junio de 1911 tuvo lugar otro acontecimiento fundamental en la vida de Tibidabo. Durante la celebración en Madrid del XXII Congreso Eucarístico Internacional, se aprobó y promulgó la siguiente resolución: «El Congreso hace votos para que, como fruto de esta gloriosa asamblea, se propague por toda España la idea del Templo Nacional Expiatorio dedicado al Sagrado Corazón en el Tibidabo, a fin de que tengamos cuanto antes nuestro Montmatre español.»

A pesar de las múltiples dificultades para la realización del Templo y del retroceso sufrido durante nuestra guerra civil, en cuyo período los comunistas profanaron y quemaron el Templo y destrozaron la estatua del Sagrado Corazón, las obras continuaron y concluyeron en 1952 con motivo del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona.

Terminada la obra material del Templo, su ideario va tomando relieve y actualidad. La Adoración Expiatoria realiza plenamente la misión espiritual del Tibidabo. Poco tiempo después de la inauguración de la Capilla del Santísimo se fueron formando varios grupos de personas dedicadas a la Adoración y a la Reparación. En 1963 quedaron asegurados todos los turnos diurnos de las 9 a las 18 horas. En 1964 incrementó notablemente la Adoración Nocturna, llegando a ser casi perpetua en 1965.

Con ello, se culminaba la especial misión del Templo del Tibidabo de tributar culto al Amor Redentor de Dios, de difundir la devoción al Corazón de Cristo y de propagar la práctica del amor reparador y expiatorio; misión que coincidía con los deseos del Papa Pablo VI, expresados en febrero de 1965, en su Carta Apostólica «Investiga-

biles divitias»: «...ante todo deseamos que se rinda este culto al Sagrado Corazón por medio de una participación más intensa en el culto al Santísimo Sacramento, ya que el principal don de su amor fue la Eucaristía».

El Padre José María Enseñat, apóstol de la Adoración Perpetua

En estos últimos años que citamos, es fundamental para la historia del Tibidabo la figura de este gran apóstol del Sagrado Corazón y de la Adoración Perpetua.

Nació en Balaguer en 1911 y desde muy joven ingresó en la Congregación Salesiana, ordenándose sacerdote en 1947. Después de desempeñar diversos cargos, pasó los últimos once años de su vida como director y rector del Templo del Tibidabo y falleció el 11 de junio de 1974, tres días después de un infarto de corazón que le sucedió en Montserrat, durante la vigilia extraordinaria de toda la Adoración Nocturna de Cataluña.

El Padre Antonio Armiñana resume su vida ejemplar con estas palabras: «Se desvivió en el trabajo de maestro, en la exortación espiritual a religiosos y jóvenes, en la animación de grandes empresas como la Adoración Perpetua, jornadas en honor del Sagrado Corazón de Jesús y en la promoción vocacional. ¡Cuántos pueden señalarle como el servidor de la Providencia en el destello o fidelidad a su vocación apostólica!»

En la actualidad, la Adoración Diurna cuenta con dos mil personas inscritas y la Nocturna con quinientas. Pidamos la intercesión del Padre Enseñat ante el Sagrado Corazón para que la actual Comunidad de Salesianos del Tibidabo, los adoradores y Barcelona, no dejen de cumplir la especial misión expiatoria de este Templo.



INTENCIONES DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

JUNIO

GENERAL: *Que los ancianos puedan encontrar su sitio en la sociedad.*

MISIONAL: *Que en las naciones de Europa septentrional la Iglesia proporcione una asistencia espiritual adaptada a los inmigrantes.*

ASPECTOS PEDAGOGICOS DE UNA RENOVADA DEVOCION AL CORAZON DE CRISTO

Conferencia pronunciada por el Dr. D. Francisco Canals Vidal en la semana de Teología y Pastoral de Valladolid, 30 septiembre a 4 octubre de 1975.

El culto al Corazón de Jesús don divino

Excmo. Sr. Rvdos. Sacerdotes, queridos hermanos y amigos: Comenzaré con una precisión sobre el sentido en que entiendo el título de esta conferencia. No voy a hacer unas reflexiones pedagógicas, meramente de experiencia humana, sobre la devoción al Corazón de Jesús, de las que tal vez, según criterios más o menos discutibles, pudiesen obtenerse algunos resultados para una renovación que se moviese en este plano instrumental, en orden a su difusión y penetración en aquellos a quienes se propone.

Me parece que se puede tomar este tema de un modo más profundo y más simple, entendiendo la renovación del culto al Corazón de Jesús, desde las exigencias del mismo mensaje que la Iglesia propone en su magisterio y especialmente en el Concilio Vaticano II; es decir, nos proponemos reflexionar sobre los criterios para la renovación del culto al Corazón de Jesús que nos son ofrecidos por el espíritu y sentir de la Iglesia.

En el Concilio V de Letrán, en tiempos en que se hablaba mucho sobre reforma de la Iglesia, un hombre ilustre, Egidio Canisio de Viterbo, sentó un principio magistral, verdaderamente evangélico: Los hombres tienen que ser renovados por las cosas sagradas, y no son las cosas sagradas las que tienen que ser cambiadas por los hombres. No vamos a tomar aquí la devoción al Corazón de Jesús como algo puesto a nuestra disposición para ser manipulado a nuestro arbitrio según opiniones humanas; hemos de entender que el culto al Corazón de Jesús se nos ofrece siendo lo que la Iglesia entiende que es, lo que se nos ha sido dado por divina donación, y nos exige y apremia para que nos renovemos según la voluntad de Dios que se nos revela en el espíritu del Concilio.

Hecha esta precisión, hay que añadir además

otra para evitar equívocos. Porque a veces hay malentendidos sobre el sentido de la renovación conciliar. Aludo a las actitudes deletéreas con las que se habla como si el Concilio Vaticano II hubiese hecho nacer cierta «Iglesia nueva», que sería distinto de la de los siglos anteriores. Es una visión profundamente deformada, que olvida precisamente la orientación dada por el Papa Juan XXIII, que al comenzar el Concilio habló de la fidelidad fiel y serena a los veinte concilios ecuménicos anteriores. Y hay que decir esto porque una renovada devoción al Corazón de Cristo es algo totalmente contrario a la cancelación del culto al Corazón de Jesús que históricamente se ha dado en la Iglesia, germinando desde los siglos patristicos, floreciendo ya en la edad media, y madurando en una forma específica y concreta a partir de las revelaciones de Paray-le-Monial, cuyo centenario celebramos.

Paray-le-Monial y el Magisterio

Tengo la convicción de que, antes y después del Concilio Vaticano II, una devoción al Corazón de Jesús que pretendiese no tener conexión alguna con el carisma de Santa Margarita María Alacoque, que abandonase e ignorase las revelaciones de Paray, perdería su fuerza y su sentido. Claro está, como nos enseñó Pío XII en la *Haurietis aquas*, que no nos apoyamos, como en su fundamento primero, en tales revelaciones, como si por ellas llegásemos al culto al Corazón de Jesucristo. Es el Evangelio y la Iglesia lo que nos lleva a Santa Margarita y al mensaje que le fue comunicado para el bien del pueblo de Dios. No son las revelaciones de Paray-le-Monial las que nos señalan a Cristo, sino que es Cristo viviente en su Iglesia que se muestra en ella en las revelaciones que patentizan como signo misterioso y providencial su Corazón como símbolo de amor.

Nos ocupamos pues de la devoción al Corazón de Jesús, tal como la entiende el magisterio de la Iglesia, tal como está expresada en la liturgia, tal como la vive el sentir y las costumbres del pueblo cristiano. Y teniendo esto en cuenta, me ocuparé de presentar algunos aspectos en los que este culto al Corazón de Jesús, con el especial matiz e intención de exigencia de renovación de la vida cristiana que nos propone el Concilio Vaticano II, puede ser en sí mismo una luminosa y poderosa pedagogía de la fe, puede servir a la educación del pueblo cristiano en lo más profundo del misterio de Cristo.

El Corazón de Jesús, evangelización del amor de Dios

Quiero decir también que, para que el culto al Corazón de Jesús ejerza esta función suya de pedagogía de la fe, tenemos que entenderlo hoy, por fidelidad a la Iglesia, según la renovación de espíritu que el Concilio Vaticano nos enseña. Yo no podría ahora desarrollar un estudio sobre el Concilio Vaticano, que sería forzosamente fragmentario, y que no es propiamente el tema de mi conferencia. Quiero decir solo una cosa: me parece que precisamente lo que el espíritu del Concilio Vaticano II nos exige para vivir el culto al Corazón de Jesús como síntesis de toda la religión, es fundamentalmente esto: un esfuerzo más consciente para una comprensión esencial de la misma, una comprensión teocéntrica, que entienda el teocentrismo desde el amor de Dios, que se vierte sobre los hombres para asumir misericordiosamente la causa de la humanidad, para sanarla, regenerarla y elevarla a la participación por la gracia de la naturaleza divina. Es en definitiva una vuelta más consciente y profunda a las fuentes, al Evangelio, a las epístolas apostólicas, en las que encontraremos en realidad el verdadero sentido del mensaje que Cristo hizo sentir a su santa discípula en Paray-le-Monial.

Y hablar de esta pedagogía de la fe, por una renovada devoción al Corazón de Jesucristo, voy a referirme al anuncio de este evangelio del amor de Dios a los hombres, dirigido a los hombres de nuestro tiempo. Tendremos que ocuparnos, para ello, de algunos aspectos radicales de la problemática de la humanidad contemporánea. No se trata tampoco de hacer un desarrollo completo que sería inabarcable, sino de darnos cuenta de algunas cosas que puedan conducir a que medite-

mos ante Dios sobre las indigencias, las necesidades y las posibilidades de los hombres de hoy sobre nuestras propias indigencias, necesidades y posibilidades.

El drama del humanismo ateo

Se ha caracterizado el drama del humanismo ateo en que, habiendo buscado afirmar la muerte de Dios para que el hombre viva, ha concluido por lo mismo en la muerte del hombre. La divinización del hombre constituido como dios para sí mismo, que niega todo lo que sea superior a lo humano y, por decirlo con las propias palabras del Apóstol, rehusa adorar todo lo que lleva el nombre de dios o recibe culto, hasta llegar a la adoración del hombre mismo, considerado como lo supremo, se ha ejercido en el mundo contemporáneo mediante el ideal de las redenciones inmanentes. Es una característica de la «modernidad», de la humanidad occidental apóstata del cristianismo —lo que llamamos hoy Occidente no es sino la Cristiandad occidental secularizada y descristianizada, y que ha absorbido en sí culturalmente las otras sociedades hasta alcanzar una expansión planetaria— la idea de la exclusión, apoyada en un inmanentismo filosófico, de la necesidad de que el hombre sea redimido por Dios. El Occidente comenzó a vivir esta negación desde el humanismo renacentista, y más expresamente en las fases sucesivas de la Ilustración, la revolución francesa, el socialismo y el comunismo. Al excluir la redención divina, los herederos, apóstatas, de la tradición cristiana han situado en el centro de sus actitudes éticas, culturales y políticas, el ideal de una redención por esfuerzos inmanentes: la supresión de la nobleza y el entronizamiento de la burguesía; o bien la lucha contra la burguesía para establecer la dictadura del proletariado; el imperio milenarista de la raza aria del nazismo, etcétera. Mitos como el del ciudadano libre, el proletario emancipado, el estado educador y providente, han sustituido la teología de la redención. Se han apoderado para ello, dilapidando la herencia cristiana, en muchas motivaciones recibidas a través de ella; dando al mal la apariencia de bien, sin la que carecería de toda fuerza y atractivo, han llevado al mundo, en sus estamentos dirigentes, a lo que se ha llamado «la finitud constituyente». Es decir, es como si el hombre se hubiese constituido en soberano desde esta misma finitud, recusando cualquier idea de

infinito, cualquier idea de trascendencia, para llevar a cabo la más radical revolución: no ya la del burgués contra el noble; o del proletario contra el burgués; o la del joven contra el adulto; sino la revolución «anticristiana» en el sentido más profundo del término, es decir, en el espíritu del Anticristo tal como lo define el Apóstol Pablo en la carta a los tesalonicenses, que es la revolución de lo finito contra lo infinito, la revolución de lo humano contra lo divino.

La miseria del hombre enfrentado a Dios

Ahora bien, Pablo VI, hablando al Concilio Vaticano II, dijo que en este Concilio, contemporáneamente a su desarrollo, se había podido ver el enfrentamiento a la religión cristiana, que es la de Dios que se hace hombre, de la «religión» del hombre que se hace a sí mismo dios. Al hablar así el Papa no entiende estas dos «religiones» como dos opciones posibles puestas en el mismo plano, sino que caracteriza simplemente la dimensión de enfrentamiento del hombre contemporáneo al cristianismo como algo que se mueve en el ámbito y horizonte de la misma posibilidad y exigencia de religión que es inherente a la naturaleza humana. El hombre no puede recusar lo divino sin atribuirse en definitiva a sí mismo el carácter de lo supremo y absoluto. De aquí la afirmación, en orden a la negación de la eternidad, de nuevos mitos de redención inmanente a la historia y al tiempo; el hombre sustituye así el Dios verdadero, viviente y personal, por algún ídolo metafísico, cultural, histórico, patriótico.

Pablo VI llama a esto la religión del hombre que se hace dios, y si lo entendemos en su sentido profundo y auténtico deberemos ver en sus palabras una alusión explícita a aquel espíritu anticristiano de que habla el Apóstol Pablo y al que antes hemos aludido. Pero allí mismo dijo Pablo VI algo que parece, en un primer momento, sorprendente y desconcertante: dijo que la Iglesia, en lugar de tomar en este enfrentamiento una actitud de choque y hostilidad, ha adoptado una actitud de dispensación misericordiosa sobre las necesidades del mundo de hoy. La sorpresa y el desconcierto que tal vez nos produzcan sus palabras podrá ser superada si caemos en la cuenta de que, al hacerlo así la Iglesia, estima como indignas y necesidades aquello mismo en lo que la soberbia de la humanidad contemporánea se com-

placería con autosuficiencia, hasta considerarse como quien tiene ya la plenitud y de nada necesita.

No se trata de una concesión a los ideales anticristianos. Mientras la redención del hombre por el hombre excluye el sentimiento del pecado, impide la conciencia de la propia indignidad y miseria, y excluye el admitir la necesidad de ayuda, hasta rechazar en todos los órdenes cualquier superioridad que se incline benefactoramente —advirtamos la fuerza despectiva y rebelde con que se utilizan hoy términos como los de «paternalismo», etc., con cerrada hostilidad a todo lo superior— haciendo así al hombre incapaz de adoración, arrepentimiento y gratitud hacia la paternidad de Dios; la Iglesia propone a la misma humanidad tentada de este endiosamiento, una asunción maternal de sus necesidades. Podríamos decir que Dios ha querido que se hiciese sentir a la humanidad de hoy hasta qué punto merece misericordia precisamente por la inconsciencia de su miseria, que es en el fondo lo máximamente miserable. Ciertamente todo orgullo de quien no se siente necesitado de ayuda es algo muy digno de lástima; el pecador que no se sabe pecador es el más miserable y el indigente que no siente su indignidad es doblemente pobre.

El anuncio de la misericordia

Nosotros tenemos que hablar a un mundo que ha vivido ideales pacifistas en continuas tensiones y guerras mundiales, y que ha vivido ideales de desarrollo en situaciones de crisis en que las utopías cuando están a punto de ser realizadas llevan a situaciones absurdas e insolubles. Tenemos que hablar a un mundo ensoberbecido y des-cristianizado, en el que por haberse enfriado la caridad, abunda la iniquidad, y que no quisiera oír hablar de pecado, de redención, de reparación, de donación generosa de Dios, de amor misericordioso.

Nosotros tenemos que hablarle de todo esto, y tenemos que hablarle de una manera que exigiría de nosotros ferviente caridad, celo y humildad profunda para sentir también en nosotros mismos las mismas dificultades que siente nuestro prójimo. Tendríamos que hablarle de modo que, por la eficacia misteriosa de la gracia de Dios, este mensaje del amor misericordioso fuese capaz de llegar al hombre contemporáneo.

En este sentido solo el carisma del Espíritu Santo(las inspiraciones de la gracia a los após-

toles del Corazón de Jesús y el fervor de su caridad, podrán encontrar en cada momento los caminos. Pero tenemos el magisterio eclesiástico, unas directivas y unas líneas sobre lo que es el culto y la devoción al Corazón de Jesús, y en aquel magisterio encontramos la afirmación de la Iglesia de que este culto es el remedio providencial para las necesidades de la humanidad contemporánea. Lo primero que se nos exige a nosotros es que aceptemos esto, que tengamos la valentía de creerlo, de decidirnos a ponerlo en práctica, de esforzarnos en comprenderlo de tal manera que aquella congruencia que Dios ha querido poner en la devoción al Corazón de Jesús en orden a la salvación del hombre moderno se ejerza efectivamente en nuestro apostolado. Quiero desarrollar sólo unas líneas de sugerencias sobre esto, para centrar de alguna manera nuestra reflexión sobre el culto al Corazón de Jesús como pedagogía de la fe para el hombre de hoy.

La rebelión contra la mirada de Dios providente

Uno de los argumentos del contemporáneo ateísmo y antiteísmo presenta como absurda la idea de Dios, y no sólo por cuanto niega que tenga sentido la afirmación de algo entitativo y sustantivo que sea a la vez sujeto para sí, sino porque además adopta una actitud en que se postula precisamente que Dios debe ser negado. No se trata solo de remover la afirmación del ser infinitamente perfecto, omnipotente y omnisciente, se trata de proclamar que Dios no es porque es algo que no debe ser, que sería malo para el hombre que fuese. Quien nos mira, nos convierte en objeto y nos cosifica, para la mirada del prójimo carecemos de libertad. Si nos creemos ante la mirada eterna de Dios, cree Sartre que somos por ella aplastados. Y a partir de aquí se llega a la blasfemia y rebeldía de considerar a Dios providente como un «inspector» supremo, el que vigila el universo, y que el hombre ha de sentir como un intolerable monstruo que no debe de existir.

Se trata de una tentación proterva y satánica por la que no podríamos dejarnos llevar en modo alguno, aunqueuviésemos la desgraciada posibilidad de comprenderla. Es un sofisma soberbio y amargo, cuya trágica refutación la vive también el hombre contemporáneo en su existencia cotidiana. Porque esta humanidad de hoy que dice no querer ser vigilada, no querer ser inspecciona-

da, y que se revela ante la mirada del prójimo ha encontrado su castigo en su propio esfuerzo de redención inmanente por la organización y la tecnología. Podríamos decir que el hombre de hoy es casi continuamente inspeccionado, y muy raras veces contemplado personalmente por su prójimo.

La soledad del hombre contemporáneo

El Estado «es la providencia del hombre» decía Feuerbach. Esta providencia antropocéntrica planifica, registra y elabora estadísticas, pero el resultado de sus proyectos se traduce en una creciente soledad para cada uno de los hombres. En un mensaje de Navidad notó Pío XII que la tiranía de la organización sobre el hombre moderno ha tenido como resultado su despersonalización. He pensado a veces que quien tuviese talento literario para ello podría escribir una novela que se titulase «El hombre a quien nadie miró». Su protagonista vendría a ser tipo ejemplar de los hombres de nuestro tiempo en muchos momentos y situaciones de la vida. Porque el mismo progreso técnico, higiénico, o el aumento de medios e instrumentos al servicio de una planificación educativa, puede conducir y de hecho conduce a una desproporción trágica entre la abundancia de datos registrados en el plano médico, pedagógico, de aptitudes y factores de inteligencia por medio de pruebas psicotécnicas, etc., y las posibilidades reales de atención y diálogo personal. Por extraño que pueda parecer, hay que afirmar que a lo largo de toda una vida puede un hombre de hoy hallarse muy raramente con alguna persona que lo mire a la cara.

Ustedes habrán visto la experiencia cuando la misma organización burocrática o técnica distancia al hombre del hombre. A pretexto de objetividad y de racionalización, el hombre individual y personal se queda solo. Esta soledad del hombre, perdido en lo público, reducido a un elemento de consideración tecnológica, puede servir de punto de partida para una reflexión que muestre la actualidad psicológica del mensaje del Corazón de Jesús.

¿Qué ocurriría a un hombre a quien nadie hubiese nunca mirado? No hay que contestar la pregunta, que solo propongo para sugerir una reflexión que es una refutación vital, de la blasfema actitud del existencialismo ateo. Si somos sinceros y humildes, reconoceremos que no es aplastante para el hombre, sino consolador y «fundan-

te» el sentirse ante la mirada paterna de Dios, que es Amor. Al hombre de hoy, en tantos casos solo, aplastado por la política, por la lucha ideológica, por las crecientes necesidades y apremios impuestos por el imperativo del desarrollo económico, y al que cada vez es más difícil el gusto de la vida cotidiana y familiar; a este hombre se le puede proponer el mensaje de Dios viviente y personal; de Dios viviente y personal que se ha hecho hombre por amor al hombre; el Evangelio anuncia que Dios tanto ha amado a los hombres que les ha dado a su Hijo, y que lo ha dado en el hacerse en todo semejante a nosotros.

Dios hecho hombre por nosotros

Hemos de darnos cuenta de lo que decía San Juan a los cristianos de su tiempo: «¿Quién es el embustero sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es el anticristo, que niega al Padre y al Hijo. Todo espíritu que confiese que Jesús ha venido en carne es del espíritu de Dios; todo espíritu que deshace a Jesús no es de Dios». Desde los primeros tiempos de la Iglesia, una multitud de herejías combatieron contra lo más esencial del misterio cristiano, contra la encarnación y contra la dispensación misericordiosa de la gracia de Dios por Cristo, y lo hicieron separando a Jesús, de Nazaret, del Verbo de Dios. Esta separación, esta negación de que Jesús es el Cristo, que tuvo entonces unas expresiones que utilizaron elementos de determinadas filosofías, tiene en nuestros días también otras expresiones. Quienes reducen el Jesús histórico a un puro hombre, en el que se expresó o «encarnó» la palabra de Dios; quienes difunden las nuevas cristologías antropológicas, podrán tener apariencia de cristianismo, pero deshacen con espíritu anticristiano la economía redentora. Jesucristo es el Hijo de Dios nacido eternamente del Padre, y nacido en el tiempo de María Virgen por nosotros los hombres y para nuestra salvación.

Si alguien cree que al hombre contemporáneo no le es congruente el creer en el amor eterno de Dios, en la mirada paternal de Dios providente, que ha asumido todas sus dimensiones humanas para regenerarlas y elevarlas, y para redimir sus pecados y miserias; si alguien cree que no puede llegarle al corazón el mensaje de que Dios mismo le ama «con corazón de hombre» según expresión del Concilio Vaticano II; podrá parecerle que el culto al Corazón de Cristo es algo que no puede

ser propuesto al hombre de nuestro tiempo. Pero quien sea capaz de comprender aquello pensará que la dificultad y la hostilidad suscitadas a la devoción al Corazón de Jesús tienen su razón esencial —no hablo de cosa accidentales o anecdóticas— en la protervia en la resistencia al Espíritu Santo de quien da coces contra el aguijón, o en la falta de convicción y de fe del Apóstol que ha de proponer el mensaje. La situación del hombre de hoy está más bien mostrando, no sólo la necesidad y la urgencia, sino también la congruencia profunda para las necesidades de la humanidad contemporánea del mensaje del amor de Dios sensibilizado humana y corporalmente en el Corazón de Cristo.

Para redimirnos a nosotros los hombres

Reflexionemos también por unos momentos en otro aspecto de esta misma cuestión. A una humanidad que parece haber tomado más que nunca conciencia de lo humano, a una humanidad, humanista como nunca en la historia, la Iglesia le propone insistentemente algo que no es nuevo, sino que es plenamente intrínseco al misterio cristiano: que la gracia redentora no es enviada al hombre para destruir su naturaleza, sino para sanarla, restaurarla y elevarla. Le propone un mensaje que ya los Santos Padres tuvieron que defender desde los primeros siglos; que Cristo se hizo en todo semejante a nosotros excepto en el pecado, precisamente porque venía a redimir la naturaleza humana en todas sus dimensiones. «Lo que no es asumido no es redimido» decía San Dámaso argumentando contra quienes negaban la integridad de la naturaleza humana en Cristo. Y como dice la epístola a los hebreos no asumió Dios a un ángel, sino a un descendiente de Abraham.

La síntesis de la religión y de la vida

Al insistir en este aspecto de salvaguardia, de elevación que no destruye lo humano sino que lo custodia, destacamos un aspecto de la economía de la redención que hace congruente el Evangelio a las necesidades del hombre de hoy. Nadie podría escandalizarse fundadamente de esto. Lo que sí hay que decir también es que a veces se entiende mal esta exigencia de la realización de los valores humanos por el cristiano; quiere decir que se entiende mal en concreto, es decir, que lo entien-

de mal cada uno para sí mismo en su vida personal. Puede ser una tentación peligrosa, que distraiga a los religiosos, a los sacerdotes y a los seglares cristianos, la de suponer que tienen que realizar todas sus posibilidades. El mismo cumplimiento de una tarea humana exige ya muchas renunciaciones, incluso en el orden natural; no se puede alegar por lo mismo el principio de que la gracia no destruye la naturaleza para suponer que un religioso contemplativo no verse llamado a renunciar, por fidelidad a su estado, al despliegue de las cualidades humanas que hubiera tenido en el orden cultural o artístico de haber vivido en el mundo. San Pablo nos recordaba que los que corren en el estadio se abstienen de muchas cosas en orden a una corona perecedera. La renuncia es también un heroico valor humano y quien se siente llamado a vender todas las cosas por el reino de Dios no es menos heroico que los luchadores del estadio. He dicho esto porque el primero de los valores humanos que la gracia asume es la seriedad, y hoy en día, invocando un principio verdadero, se procede a veces con ligereza y dispersión que desintegra la unidad y autenticidad de la vida cristiana.

Pero descartado este riesgo, hay que insistir en nuestros días en este esencial principio de la congruencia de la gracia con la naturaleza. Hay que recordar también, para evitar malentendidos, que la Iglesia lo ha puesto en práctica desde los primeros tiempos, desde San Basilio el Grande y San Benito, desde las Ordenes mendicantes y las de clérigos regulares, progresivamente ha dedicado incluso los esfuerzos de los consagrados a estado de perfección al cultivo y a la creación de valores humanos; realidades como el arte románico y gótico, o como la metafísica de Suárez, no existirían si no hubiese sido por el espíritu y la actitud de Ordenes monacales o de clérigos regulares. La Iglesia siempre ha vivido prácticamente esta síntesis de la religión y de la vida, y más bien habría que reconocer que hoy estamos en situación de pobreza en el orden de la creatividad cultural y artística, comparando con épocas de plenitud de la civilización cristiana.

De esta verdad profunda de la regeneración y restauración de todo lo humano por el don divinizado de la gracia, es símbolo viviente el Corazón de Jesús, símbolo del amor divino y humano, espiritual y sensible de Jesucristo. Ningún hombre es plena y seriamente humano si no es hombre de corazón, y sin el amor todo lo huma-

no es vacío e inconsistente. Al revelarnos Cristo su corazón de hombre, de hombre de carne y hueso, al llamarnos a contemplar esta profundidad de su amor, nos manifiesta también la voluntad de Dios de restaurar y reasumir todas las cosas en el amor de Cristo.

El Corazón de Cristo, solución de toda dificultad

Finalmente quisiera sugerir algo que me parece importante. El mensaje del Corazón de Jesús, símbolo expresivo de la persona que nos ama, creo que podría ser un camino de superación en la antinomia y la tensión, en el tremendo malentendido que se está produciendo hoy entre los cristianos. Nos referimos a la problemática sobre la dimensión horizontal o vertical del cristianismo. Si por horizontalidad se entiende, como se hace las más de las veces, un estricto inmanentismo, que es el fondo monista y panteísta, un cristianismo horizontal es un falso cristianismo que viene a coincidir con el ateísmo. Pero si por verticalidad entendiésemos —no se trata de una acusación, sino de la invitación a un examen de conciencia—, que nuestra caridad, que es lo más excelente como nos enseñó el Apóstol, sube desde mí a Dios, y a través de Dios pasa después a amar a mi prójimo, pensando que tal vez se da en mí esta iniciativa por la que subo a Dios como bien infinito desde el que descendo sobre mi prójimo, en este caso tal vez nos habríamos inconscientemente desviado de la verdadera doctrina del amor al prójimo por Dios y desde Dios. Porque la caridad no consiste, como nos advierte San Juan, en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Dios primeramente nos amó a nosotros.

Contemplemos a Cristo con su Corazón. El mismo es un símbolo viviente del amor eterno de Dios, que nos ama, y que tanto nos ha amado que nos ha dado a su Hijo. El Corazón de carne del Hombre Dios expresa el amor por el que Dios Trino ha obrado la Encarnación, la Redención, la Iglesia, los Sacramentos. Dios nos ha amado a nosotros, y El que nos ha amado, nos manda como su mandato nuevo que amemos a nuestro prójimo como El nos ha amado. No hay verdaderamente amor cristiano al prójimo si no es amor teocéntrico y vertical; pero esta verticalidad ha de ser comprendida como un descenso del amor efusivo de Dios por Cristo a los hombres. La caridad tiene su centro no en nosotros, como si

subiésemos a Dios y desde Dios fuésemos al prójimo; tiene su centro en Dios que nos ha amado, en Cristo que ha muerto por nosotros y ha resucitado para nuestra salvación.

El mensaje del Apóstol San Juan nos sitúa en la perspectiva verdadera desde la que podemos evitar el caer en la más extraña antítesis que caracteriza el problematismo de nuestro tiempo: la inconsistente antítesis entre la fe y la caridad. Por falta de una comprensión sencilla y sintética, que evitaría la antítesis, es hoy frecuente la polémica cuando se trata sobre la fe y la caridad. En esta cuestión tan fundamental no me propongo hacer comentario alguno. La lectura de la epístola primera de San Juan —cap. IV y V— nos marcará el camino: «Carísimos, amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios; y todo el que ama, de Dios ha nacido, y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor de Dios en nosotros, en que envió Dios al mundo a su Hijo unigénito, para que vivamos por El. En esto está el amor: no en que nosotros hubiéramos amado a Dios, sino en que El nos amó a nosotros y envió su Hijo como propiación por nuestros pecados... Quien confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece él, y él en Dios. Y nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es amor, y quien permanece en el amor, en Dios permanece, y Dios en él... Nosotros amémonos, porque El primero nos amó.

Si alguno dice: amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso; pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ha visto. Y este mandamiento tenemos de El: que quien ama a Dios ame también a su hermano.

«Todo el que cree que Jesús es el Mesías, ha nacido de Dios; y quien ama al que engendró, ama también al que ha nacido de él. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, en que amamos a Dios, y pongamos por obra sus mandamientos. Porque éste es el amor de Dios: que guardemos sus mandamientos, y sus mandamientos no son pesados. Pues todo el que ha nacido de Dios, vence al mundo; y esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo sino aquel que cree que Jesús es el Hijo de Dios?»

Releamos y meditemos este texto. Caerán ante la palabra apostólica todas las antinomias y malentendidos, todas las falsas antítesis entre la caridad vertical y el amor al prójimo, entre la fe en Cristo y la supremacía de la caridad. Las palabras de San Juan son una invitación a contemplar a Cristo venido en carne; a contemplar su Corazón abierto y conocer en este símbolo la caridad que viene de Dios sobre nosotros por el Espíritu Santo que se nos ha dado; a sentir que la exigencia y la posibilidad de amar a Cristo como Cristo nos ha amado nos viene desde el Corazón de Jesucristo.

La Iglesia del futuro será lo que tenga que ser. No nos asusten las renovaciones legítimas que se hayan de introducir. Cambiarán muchas instituciones como cambian las culturas, y se acomodarán más a las diversas edades, costumbres, exigencias naturales, etc. Pero de una cosa podemos estar seguros: DONDE HAYA CRISTIANOS, HIJOS DE LA IGLESIA CATOLICA, HABRA, EN UNA FORMA U OTRA, ADORADORES DE LA EUCARISTIA QUE NOS DEJO EL SEÑOR COMO SACRIFICIO Y SACRAMENTO, COMO MEMORIAL DE SU PASION Y COMO PRENDA DE LA GLORIA QUE NOS ESPERA.

(Cardenal Marcelo González Martín, Primado de España)

HERMANN COHEN

APOSTOL DE LA EUCARISTIA

NARCISO TORRES RIERA

Infancia y educación

Hermann Cohén nace el 10 de noviembre de 1820 en la ciudad alemana de Hamburgo. Sus padres son de origen judío. Su padre, David-Abraham Cohén, es un pequeño comerciante que está orgulloso de pertenecer a la tribu de Leví y se cree descendiente directo de Aarón. Su madre, Rosalía Benjamín, es quien inicia a su pequeño Hermann en la religión judaica. De entre sus hermanos él era el preferido y mimado por sus padres, hasta tal punto que le consentían todos sus caprichos. Tal predilección era causada por el especial talento que Hermann demostraba desde sus primeros años. A los 10 años se aficionó por la música y decide aprender el piano. Su maestro se maravillaba de los progresos que hacía, hasta tal punto que contando apenas 13 años dio un concierto público en Altona. Fue muy aplaudido. Hermann decide hacerse artista, su imaginación forja al pequeño Hermann un mundo bohemio y aventurero, lejos de su familia, al igual que han hecho los grandes músicos, cuya vida pretende imitar. A tal efecto y casi arrastrando a su madre, proyecta ir a París para perfeccionar su técnica musical. En París tuvo una lección con Chopin y otra con Zimmermann, pero éstos no pueden encargarse de Hermann por sus ocupaciones, por lo que su madre lleva al pequeño a la casa de Liszt, quien en principio rehusaba tomar un alumno más, pero tras oírlo tocar el piano, lo aceptó. Así se convirtió bien pronto en el alumno predilecto de Liszt, quien lo llevaba consigo a todas partes. Asistía a bailes, cenas, homenajes, donde era presentado como un «niño prodigio». Los agasajos y las adulaciones de que era objeto lo convertían en un «pequeño tirano» para con su madre, que tenía que esperar a su pequeño Hermann a altas horas de la noche. Hermann vivía así feliz, porque se creía un ser excepcional. En 1834 Liszt preparó en su casa una «conferencia cultural» donde intervinieron entre otros Lamennais y «Jorge Sand», célebre escritora. Se habló mucho

de política republicana, revoluciones, libertad, etc. Hermann lo escuchó todo con suma atención. Lamennais, tras conocer al pequeño Hermann, le dedica un libro: «Palabras de un creyente», que Hermann leerá con avidez; bebió así innumerables sofismas de un sacerdote resentido. Por otra parte, «Jorge Sand» decide proteger a Hermann, quien pasaba muchísimo tiempo en casa de la «escandalosa» escritora. Entre tanto Liszt tiene que irse a Ginebra. Hermann siente separarse de su maestro, quien no quiere que lo acompañe; se queda en París, donde en compañía de «Jorge Sand» ve nacer el periódico «Le Monde», fundado por Lamennais. Al cabo de tres meses de la separación con Liszt convence a su madre para ir a Ginebra. En aquella ciudad Hermann, a sus quince años, ocupó con Liszt la plaza de profesor del Conservatorio de Música. Comienza a despilfarrar el dinero que gana y en aquella ciudad quedó deslumbrado por las doctrinas de Voltaire, J. Rousseau, Calvino, etc. Un día, en Ginebra, Liszt regala al pequeño Hermann una Biblia con una dedicatoria: «Bienaventurados los que tienen el corazón puro, porque ellos verán a Dios». Hermann se conmovió ante tal obsequio. Pronto vuelven a París, donde Hermann fue presentado en casa de la princesa de Belgiojoso. La princesa le ofreció su protección y así de nuevo vuelve a llevar una vida de fiestas, galanteos, desorden. Frecuenta ambientes muy dispares, conoce a toda clase de personajes políticos de alta alcurnia, eran gente más refinada, más elegante, autoritarios, aristocráticos, algo distinto al ambiente de Liszt. Un día en casa de su nueva protectora da un concierto, pero su falta de entreno lo hace fracasar; herido en su amor propio, vuelve a Hamburgo, donde tiene unos amores con una pianista. Pronto sentirá nostalgia de París. Regresa a París y hace amistad con Mario, cantante de ópera. Hermann trabaja con él acompañándole al piano, viajando de un sitio a otro. En 1837 se apasiona por el juego y los viajes. Decide ir a Italia, donde compuso dos óperas. En 1842 lo encontramos en

Venecia con su madre. Allí conoce a Adalberto de Beaumont, artista y pintor, con quien establece una íntima amistad.

Conversión

Pronto regresará a París y continúa llevando una vida desordenada entre el juego y los placeres mundanos, pero a pesar de su pasión desordenada se da cuenta de que no puede saborear el placer. Un viernes de mayo de 1847 el príncipe de la Moscowa le rogó la sustitución en la dirección del coro en la Iglesia de Sta. Valeria, sita en la calle Borgoñona. Hermann acepta sustituir al director. Entonces en aquella iglesia, durante la bendición del Santísimo, quedó impresionado y experimentó alivio, paz, sosiego. Algo muy dentro le hizo tranquilizarse sin experimentar turbación alguna. Después decidió ir allí todos los viernes y seguía experimentando lo mismo. Un día habló de ello a la duquesa Rauzán, que le recomendó los consejos del abate Legrand, promotor fiscal del arzobispo de París. Éste le recomendó que leyera el «Compendio de la doctrina cristiana», de Lhomond. Pocos días después tiene que ir a Ems (Alemania) para dar un concierto. Instintivamente lo primero que hace al llegar allí es ir a misa en una parroquia de aquella ciudad. Al encontrarse allí delante del altar de la Virgen, de repente se pone a llorar; el mismo Hermann lo describe así: «Allí, poco a poco, los cánticos, las oraciones, la presencia —invisible y sin embargo sentida por mí— de un poder sobrehumano empezaron a agitarme, a turbarme, a hacerme temblar.» A su regreso a París busca al abate Legrand para pedirle que lo iniciara en la religión Católica, y tras un corto período el 28 de agosto de 1847 fue bautizado en una pequeña capilla sita en la calle Regard, edificada en recuerdo a la conversión milagrosa del P. María de Ratisbona. La capilla estaba dedicada a Nuestra Señora de Sión. La fecha es buscada a propósito, pues aquel día se celebra la fiesta de San Agustín. Fue bautizado por el abate Legrand asistido por el abate Teodoro de Ratisbona. Le pusieron el nombre de Agustín-María y Enrique. El 8 de septiembre del mismo año hace la primera comunión. Invasión de celo apostólico escribe una carta al P. Alfonso M. de Ratisbona, que se hallaba en el convento de los jesuitas de Laval, manifestándole su voto por la conversión de los judíos. Pronto abandona el ambiente cortesano y se retira al colegio de San

Estanislao, cuyo director, el abate Goeschier, judío converso, lo toma como profesor de música. Allí medita, reza y hace muchas visitas al Santísimo Sacramento. El 3 de diciembre de 1847, Monseñor Affre, arzobispo de París, le administró la confirmación en su oratorio particular. Su familia no sabía nada sobre su conversión. Hermann temía la reacción de su padre, quien, como después sucedió, nunca le perdonó la «afrenta».

Fundación de la adoración nocturna

Mientras tanto Hermann Cohén seguía rezando, y un día hallándose en una capilla de las Carmelitas Descalzas ante el Santísimo, al hacerse tarde la hermana tornera le hizo la señal de salir. Él le responde: «Saldré cuando lo efectúen esas personas que se hallan al fondo de la capilla.» La hermana le responde: «Pues no saldrán en toda la noche.» Tal respuesta le sugirió una idea luminosa: fundar una asociación internacional que tuviese como fines la exposición y adoración nocturna del Santísimo Sacramento, la reparación de los ultrajes de que es objeto, y para atraer sobre Francia las bendiciones de Dios y apartar de ella los males que la amenazaban. A tal fin se dirige con presteza a Monseñor de la Bouillerie, quien algo ya había hecho en este sentido, pero sin mucho fruto todavía, a través de las religiosas Reparadoras. Hermann le contó lo que le había sucedido: «Acaban de hacerme salir de una capilla en la cual unas mujeres estarán toda la noche ante el Santísimo.» Monseñor de la Bouillerie le responde: «¡Y bien! Encuéntreme hombres y les autorizo a imitar a las piadosas mujeres cuya suerte ante nuestro Señor envidia usted.» Hermann va en busca de hombres para este fin. Con paciencia y no sin dificultad los encuentra. El 22 de noviembre de 1848, reunidos 19 adoradores (entre ellos un español: el caballero Asnares, antiguo diplomático) bajo la presidencia de Monseñor de la Bouillerie en un pequeño cuarto de la calle de la Universidad en París se hace la primera acta de la nueva asociación. La primera Adoración Nocturna se realiza el 6 de diciembre de 1848 en el Santuario de Nuestra Señora de las Victorias a propuesta del abate Desgenettes. En dicho Santuario se encuentra una lápida conmemorativa del acto en la que se recuerda la creación de dicha asociación causa del celo del «Reverendo P. Hermann y de Monseñor Francisco de la Bouillerie, obispo de Carcasona.» Poco después

de esta primera sesión el oratorio de los Padres Maristas se convierte en la sede de la Adoración Nocturna, a cuya presidencia se traslada Hermann el 19 de febrero de 1849 en compañía de un capitán de navío llamado Cuers y de Carlos Fage, empleado del Ministerio de la Guerra, quienes residen allí con el fin de adorar la Sagrada Forma y promover la asociación que acaba de nacer.

Vocación Sacerdotal

Hermann Cohén, aconsejado por el P. Lacordaire y el P. Bertholom, decide entrar en la orden del Carmen para hacerse sacerdote. Su preferencia por la orden del Carmelo está premeditada. El orden del Carmelo fue fundada por Elías y Eliseo; es la orden religiosa que más cerca está de su raza. El 16 de julio de 1849 se dirige hacia Agen, donde se halla una pequeña residencia de Carmelitas Descalzos regentada por el padre Domingo, quien en 1839 había tenido que huir de España perseguido por la traición de Maroto; una vez en Francia, a instancias del arzobispo de Burdeos reorganizó allí la orden del Carmen. Tras un pequeño retiro, el P. Domingo envía a Hermann al convento de Broussey, casa del noviciado. Entró en la orden del Carmelo no sin dificultades. Su condición de judío hizo que algunos superiores generales recelasen. Hermann no se desanima y sin pensarlo dos veces decide ir a Gaeta a postrarse a los pies del Papa Pío IX, pero no fue preciso. Los padres Generales, reunidos en Roma el 14 de septiembre de 1849, decidieron a su favor. Hermann, el 30 de octubre del mismo año, toma el hábito del Carmelo en Broussey y cambia su nombre por el de Fray Agustín-María del Santísimo Sacramento. El 17 de octubre de 1850 hizo su profesión religiosa ante el prior del noviciado, el P. Raimundo de la Virgen. Luego se traslada a Agen para estudiar Teología y es ordenado sacerdote el 20 de abril de 1851, y al día siguiente canta misa. A partir de ahora se dedicará a reparar todos los escándalos que dio a través de su predicación, para la cual demostró tener excelentes dotes, por lo cual viajaba constantemente. Estaba siempre en contacto con su amigo de Cuers para saber la marcha de la adoración nocturna y en sus predicaciones no cesaba de difundirla.

Actividad apostólica

En 1853 el Padre Domingo envía al ya Padre Agustín a Bagnères para fundar y construir un

nuevo convento, el mismo Padre Agustín traza el plano de la Iglesia. El año 1854 llega a Bagnères la reina María Cristina huyendo de España. El Padre Agustín tiene la oportunidad de hablar con ella, aconsejarla y consolarla. En 1855 de Cuers, que era ya abate, funda por indicación del Padre Agustín la Congregación de Sacerdotes del Santísimo Sacramento junto con el Padre Eymard, quienes se prepararon con la bendición de Monseñor Sibour, arzobispo de París, para empezar el 1 de junio de 1856 la Exposición perpetua. El 18 de diciembre de 1856 el Padre Agustín es enviado a Tarasteix para encargarse del Santo desierto que allí se pretendía fundar. Nuevamente, en 1860, es enviado a Lion para fundar otro convento. El Padre Agustín solía decir que la acción de gracias a Dios es la esencia misma del culto católico. Bajo este lema pide al Papa la aprobación de una cofradía o asociación cuya finalidad sería la de acción de gracias. Los cofrades tenían la obligación de inscribirse en la cofradía y rezar cada día tres Padrenuestros, tres Avemarías y tres Glorias en acción de gracias. El Papa Pío IX aprobó dicha cofradía el 10 de febrero de 1860 en un Breve en que concedía numerosas indulgencias.

Actividad en Inglaterra

La fama del Padre Agustín llegó a oídos del cardenal Wisemann, arzobispo de Westminster, quien pidió al Padre General del Carmen que enviase al Padre Agustín a Londres para instaurar allí la Orden del Carmen. El Padre General se negó a ello. Entonces el Cardenal lo pide al Papa Pío IX, quien accede a la petición y personalmente despide al Padre Agustín y le dice: «Le bendigo, hijo mío, y le envío a Inglaterra para convertirla, como en el siglo v uno de mis predecesores bendijo y envió al monje Agustín, el primer Apóstol de dicho país.» El Padre Agustín llega a Londres y una de las primeras cosas que hace es fundar allí el 6 de agosto de 1863 la adoración nocturna. En Londres se establece en una casa de Kensington, que más tarde será convertida en Iglesia, donde realiza un intenso apostolado. Hasta consigue asistir religiosamente a unos condenados a muerte de origen filipino, cosa que antes estaba rigurosamente prohibida en Londres. En 1868, un poco cansado y enfermo, regresa a Tarasteix. Tiene una enfermedad en la vista, ya que no podía ver nada ni de lejos ni de cerca. Se dirige a la cueva de Lourdes a los pies de la Virgen y se aplica durante varios días agua del manantial mi-

lagroso, y el día de Todos los Santos comienza a ver claramente y queda curado; su emoción es enorme y no cesa de dar gracias a la Virgen y a Dios.

Celo apostólico hasta el final

En 1870 estalla la terrible guerra entre Francia y Prusia. Napoleón III, acosado en Sedán, rindió armas sin intentar apenas resistencia. El Padre Agustín se ve obligado a huir a Suiza porque lo consideraban un espía alemán. Se establece en Montreux y hace de párroco en aquella villa. Muy pronto Monseñor Mermillod, obispo de Friburgo, llama al Padre Agustín para que se dirigiese a Spandau, ciudad situada a 14 kilómetros de Berlín, donde se hallaban 5.300 prisioneros franceses, con el fin de hacer de capellán. El Padre Agustín accedió a ello inmediatamente. Su actividad en Spandau es incansable. Allí no sólo administra los sacramentos, sino que hace de enfermero, adquiere ropas, alimentos, medicinas, etc. Pero un día, tras asistir a unos enfermos atacados de viruela, se contagia y el 20 de enero de 1870 fallece en Spandau. Sus restos fueron inhumados en la Iglesia de Santa Eduvigis de Berlín. Realmente ésta es la vida de un Santo, cuya contemplación y meditación preferida era la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Delante del Santísimo Sacramento llegaba a pasarse horas y horas meditando y contemplando al Señor, y se sentía así enormemente feliz. Felicidad que enseñaba como prueba de la verdadera fe. A continuación publicamos un pequeño extracto de un sermón del Padre Hermann Cohén:

La razón humana abandonada a sus propias fuerzas

«La razón humana abandonada a sus propias fuerzas»

Lo que indigna en los juicios impíos contra la Providencia o contra la bondad y la justicia de Dios, no es tanto lo que la razón niega o desconoce, como lo que afirma de sí misma: a saber, su propia independencia y su propia soberanía; es el orgullo escandaloso que hace caer a la razón en los más groseros errores. EVANUERUNT IN COGITATIONIBUS SUIS.

Sí, nuestra razón, cuando confía en su propia sabiduría, se hace no solamente injusta, sino has-

ta absurda. DICENTES ENIM SE SAPIENTES ESSE, STULTI FACTI SUNT.

Recorred la historia del género humano. Tan pronto como los hijos de Adán se separan de la Revelación, por extraña ceguedad de la mente, se convierten en idólatras, y durante cuatro mil años, a excepción de un solo pueblo que ocupaba un rinconcito de la tierra, todas las naciones se hallan sumidas en la más crasa ignorancia sobre las cuestiones más importantes de su existencia. Sí, la razón que rehúsa las luces sobrenaturales no sabe ni de dónde viene ni a dónde va... Preguntad a ese sinnúmero de pueblos que han cubierto la tierra hasta la predicación del Evangelio lo que sabían de su destino futuro. ¡La historia os responde en nombre suyo con las más enormes y absurdas paradojas!...

Preguntad aún hoy día a esta raza musulmana de la que tanto se habla actualmente, pedidle cuenta de su instrucción religiosa, de la moral, de la civilización que posee... y no podréis evitar el movimiento de desprecio al escuchar todo lo que hay de embrutecimiento para la inteligencia en esas instituciones religiosas, políticas y sociales.

En fin; examinad, si queréis, una tras otra, todas las teorías de nuestros filósofos innovadores, de los falsos católicos que se rebelan contra la Iglesia, su madre, y no hallaréis por doquiera sino ignorancia, errores y contradicciones inexplicables. Entre ellos no se hallará a uno solo que pueda darnos, sobre los problemas más importantes que interesan a la humanidad, una respuesta tan satisfactoria como la dada por el primer niño que salga de esta parroquia, catecismo en mano.

¡Oh! Puedo hablar con conocimiento de causa de los erectores de sistemas, de los forjadores de doctrinas, de los inventores de religiones nuevas. Sí, los he conocido, conocido mucho, a esos caballeros, profetas de lo porvenir; confieso, hasta con vergüenza mía, que yo mismo he dogmatizado con ellos, empleé hasta tanto celo y ardor en la propaganda de sus nuevos evangelios que por poco me encierran en el Spielberg... Sí, los he visto de cerca a estos jefes de escuela, los he oído a esos profetas del siglo XIX, y estaba ávido de saciar mi inteligencia con los raudales de su famosa sabiduría. Lamennais, Luis Blanc, Saint-Simon, Considérant, Guérault... Los he conocido, los he seguido... ¿Con qué fruto? En verdad os digo que por mucho que me esforzaba en comprender sus teorías... jamás me explicaron nada, nada me probaron, absolutamente nada. Y después de ha-

ber devorado todos los libros que escribieron unos y otros, seguía hallándome traído y llevado por las mismas dudas, agitado por las mismas congojas... Pero un día, ¡oh misericordia de mi Dios!, abrí la Biblia, y en la primera página de este libro adorable hallé más luz, más paz que en todas sus elucubraciones reunidas: algunos versículos tan sólo de este libro divino disiparon por completo las dudas que sentí y ante mis ojos hicieron brotar inesperada e indefectible luz que bastó para iluminar mi inteligencia... Las leyes de la moral no son otra cosa que la santidad de Dios reflejada en nuestro espíritu por la revelación, de manera que los sabios del siglo, que desechan la religión revelada, no pueden conocer la verdadera moral; así es como acontece que cualquier filósofo, que no interroga más que su espíritu propio, se inventa una moral a su guisa, sueña con cierto bello ideal, el cual varía en conformidad con su propio carácter y según el gusto de la época. Igualmente es así como ha acontecido que los ingenios que han llevado hasta lo extremo la razón pura, hayan caído en teorías de la más abyecta inmoralidad. ¡Sí! Platón y Aristóteles, esas dos inteligencias superiores que desarrollaron en supremo grado la razón humana abandonada a sí misma, precisamente en las obras en que se proponían dirigir a los hombres hacia la suprema perfección, predicaron máximas de tal inmoralidad que apenas me atrevo a aludirlas por temor de ofender los oídos de las madres cristianas que me escuchan... He ahí la perfección ideal de la

razón pura no iluminada por la manifestación divina. ello no debe extrañarnos en manera alguna: la razón, abandonada a sí misma, se convierte en inmoral, porque la razón sola no puede resistir a la seducción de las pasiones... Se hace venal; se deja corromper; se deja seducir por cebo halagador.

El hombre cree fácilmente lo que le halaga. QUIDQUID PLACET SANCTUM EST, dice San Agustín, y su espíritu se deja ganar por las adulaciones de sus propias inclinaciones.

Tan pronto como nuestra inteligencia pierde de vista al celeste faro de la justicia, ya no es difícil seducir su integridad; y como ya no tiene, para resistir, la fuerza sobrenatural de la gracia, puesto que ya no bebe en este divino manantial, basta un muy sencillo ardid para hacerle abdicar su soberanía y su derecho de primogenitura, como a Esaú, por un momento de satisfacción, por un plato apetitoso. Sí, la razón, como el hijo pródigo, después de haber derrochado su patrimonio, se pone al servicio de los animales más inmundos: UT PASCERET PORCOS.

¿Y cómo es eso? Las pasiones dicen a la razón: Tienes perspicacia e ingenio; ¡perfectamente!; pónlos a nuestro servicio y obtendrás la gloria que apeteces; defiende nuestra causa y serás recompensada con la celebridad y renombre; inventa sofismas para legitimar nuestras exigencias, y tendrás el mérito del invento y de la sutileza de tu mente. AD EXCUSANDAS EXCUSATIONES IN PECCATIS.

Perfecciónense, cuanto sea posible, las formas y modalidades de la adoración eucarística, pero que no se destruyan. Las visitas a Jesús Sacramentado, las bendiciones eucarísticas, las procesiones del Corpus, las vigiliias eucarísticas, las asociaciones como la ADORACION NOCTURNA o la que ha nacido recientemente en Francia con el nombre de «Unión Eucarística promundi vita», siguen siendo tan válidas y tan estimables en la Iglesia de Hoy como en la de Ayer.

(Cardenal Marcelo González Martín, Primado de España)

El pastor que alcanzó la Santidad

Una historia del Cristianismo en España nos mostraría como en todos siglos, desde el III Concilio de Toledo, muchos de nuestros compatriotas han logrado alcanzar la gloria de la santidad por una vida de amor a Dios y al prójimo; pero es quizás en el siglo XVI cuando parecen concentrarse más estas almas escogidas, santa Teresa de Jesús, san Ignacio, san Francisco Xavier, san Francisco de Borja, san Juan de la Cruz, san Juan de Avila, son fieles exponentes del clima de verdadero amor cristiano que se vivía en las Españas.

Al mismo tiempo que estos grandes doctores y fundadores aparece una pequeña figura, casi desconocida para toda la gente importante de aquella época, un pastor, que por su ardiente amor a la Eucaristía y a la Santísima Virgen, la Iglesia, no sólo lo elevó a los altares, sino que lo proclamó patrono universal de todas las sociedades eucarísticas. Este humilde personaje es Pascual Baylón.

El pastor más piadoso

Nacido en un pequeño pueblecito, Torrehermosa, en la diócesis de Sigüenza, el día de Pascua florida de 1540, Pascual era hijo de un pobre colono llamado Martín Baylón. Desde muy joven se dedicó a las labores pastoriles pasando a vivir en la hacienda de su amo Martín García.

Como pastor, Pascual era una persona ideal para el dueño de las ovejas; las cuidaba con tal dulzura que había llegado a no pegarles nunca y a denunciarse a sí mismo cuando las ovejas hacían daño al campo ajeno, resarciendo los perjuicios de su soldada. En la hacienda donde vivía trataba con tal cariño las cosas que usaba de su amo que hasta sus amigos se le reían de tal exageración.

Al principio en el páramo se le hacía el tiempo interminable, pero pronto aprendió el lenguaje de la soledad: hablar con Dios, la Virgen y los santos. En cuanto aprendió a leer, a los diez años, el zurrón se transformó en una pequeña biblioteca de libros piadosos y el oficio parvo de la Stma. Virgen, que rezaba cada día. Su cayado

estaba coronado por una cruz y una imagen de María esculpida por él mismo en las largas horas del pastoreo.

Pascual era un joven de una austeridad aprendida en la vida pastoril, pero a la que había sabido añadir un espíritu de mortificación extraordinario. Un ejemplo de ello es que andaba descalzo por los lugares más escabrosos. Martín García, su amo, hombre piadoso y austero, apreciaba mucho a Pascual, al que quería como un hijo. No teniendo hijos a quien legar su hacienda, Don Martín pensó en dejar heredero de todos sus bienes a Pascual; sin embargo, éste no lo aceptó porque su camino no era aquél sino que él era todo para Dios.

—Siempre he pensado, Pascual —le decía un día su amigo Juan Aparicio—, que eres demasiado escrupuloso. Por el camino que llevas nunca llegarás a tener un cuarto; que una cabra se te mete en un trigo, vas a decírselo al alcalde para que te multe; que el lobo te lleva un cordero, al amo llorando con la noticia, y luego si acaso tienes dos maravedises se los das a esos vagabundos viciosos y holgazanes. ¿Qué importancia puede tener el coger ahora un racimo de uva? ¡Es tan poca cosa!

—Es poca cosa, cierto, pero muchas pocas hacen un mucho y pueden llevarle a uno al infierno —le repuso Pascual.

—Vamos, no nos asustes, hombre. Si tú vas al infierno es que el cielo está cerrado a cal y canto: te pasas el día rezando, nunca dices un juramento, nunca reniegas, ni con esas cabras imposibles. Tú no pecas nunca.

Así veían a Pascual sus amigos. Su vida pastoril fue un rezo constante. Llegado el tiempo piensa que debe dedicarse a Dios y le indican que ingrese en el monasterio de Santa María de la Huerta, pero renuncia a ello, ya que «le parecen muy ricos los bernardos de Santa María». «En el reino de Valencia me han hablado de unos franciscanos muy pobres y muy penitentes que parecen mejor para mi carácter.»

Cuando le explica esto a su amigo Juan, éste

le contesta que «las penitencias de los frailes no te pueden asustar porque tú ahora ya eres más penitente que ellos».

Hablaba Pascual del convento de Ntra. Sra. de Loreto que hacía poco habían fundado los reformadores de San Pedro de Alcántara en una soledad contigua a Monforte.

El fraile más humilde

Caminando desde Torrehermosa, llega Pascual hasta el convento de Monforte, pero a la puerta del monasterio se ve tan poca cosa que no se atreve a llamar. Nuevamente se dedica a apacentar rebaños en los campos cercanos al convento. Cuatro años más de espera con el pensamiento puesto en la pobre casa de los hermanos menores. Así va conociendo al hermano portero y a otros frailes que le ayudan a entrar como corista. A los veinticinco años recibe el hábito de la orden. Su atuendo desde entonces fue una túnica y bajo la misma un cilicio; su cama, la tierra; su comida, hierbas, pan y agua. Su pobreza y humildad pronto se van conociendo por toda la región. Cuando vuelve de mendigar por Elche, Játiva, Aspe, etc., va tan cargado que parece un jumento. Trabaja en todos los oficios: portero, cocinero, hortelano y refitolero. Su amor a los pobres era tal que cuando alguno llegaba al convento a pedir daba todo lo que tenía a mano en el comedero e incluso bajaba al huerto a buscar los puerros y las coles, ante la irritación del padre procurador por estas divinas locuras.

La única túnica que poseía con el tiempo llegó a convertirse en una túnica remendada por todos lados y de todos los colores imaginables. Cuando la tendía para secarla al padre guardián le daba tanta vergüenza tenerla junto con las otras túnicas que mandaba quitarla de allí.

Un día en el despacho del padre ministro ve unas manzanas sobre la mesa. Al darse cuenta de esto, el padre le dice:

—Has de saber, hermano, que no las tengo para comerlas, sino para que dejen un poco de aroma en la habitación.

—Pues mire, padre —le contestó fray Pascual—, yo creo que el religioso que guarda en su celda cosas de comer, difícilmente alcanzará la perfección.

Fray Pascual era al mismo tiempo muy comprensivo con los demás y, por ejemplo, en el rectorio no andaba jamás con cicaterías, sino

que cuando salía dejaba disimuladamente la puerta abierta para que pudiesen entrar los que necesitaban comer alguna cosa y tenían vergüenza de pedir la llave.

Poco a poco fue conociéndose en la orden que fray Pascual era un santo y todos los conventos se disputaban contarle entre sus frailes: Almansa, Villena, Elche, Jerez de la Frontera, etc. Su biógrafo, P. Juan Jiménez, nos describe su llegada a Jerez.

«Dios Santo, cómo venía. Vile entrar en la iglesia mientras decíamos la Misa mayor, descalzo, polvoriento, sin capa, con sólo una túnica vil, andrajosa y estrecha, que parecía un saco. El pobre más miserable no lleva un vestido peor. Después de tomar agua bendita, se arrodilló junto al púlpito, besó la tierra, juntó las manos y las levantó a la altura de la cabeza, y así permaneció inmóvil hasta que un fraile salió en su busca.»

Así viajaba siempre, ya fuera para pedir limosna, ya fuera para ir a París a llevar una carta para el padre general de la orden.

Los últimos años de su vida los dedica al apostolado de Villarreal, ciudad regia en aquella época. Su dedicación a los pobres y a los ricos como bienhechor y predicador se recuerda aún hoy día y para esta población fray Pascual es el más insigne de sus hijos.

Durante los ocho días que duró su enfermedad mortal no pidió ni alimentos ni medicinas. Murió el día de Pentecostés de 1592.

El amante de la Eucaristía

Toda esta vida modélica de pastor y fraile tuvo un aspecto esencial común a las dos: un amor indescriptible a la Eucaristía.

Explica el mayoral de Don Martín García, Navarro, que la mayor alegría que podía dar a Pascual era permitirle durante la semana asistir a Misa.

Siempre que el pasto lo permitía guiaba su rebaño hacia la ermita que existía próxima a Torrehermosa, Ntra. Sra. de la Sierra y mirando por la ventana mantenía largos coloquios con la Virgen.

De todas las labores la que más le agradaba, sin duda, era ayudar a Misa. Se le veía realizar sus faenas lo más rápido posible para ponerse a rezar. Estando un día de cocinero después de hacer sus trabajos quedó inundado de una alegría tal que se puso a bailar delante de una imagen de

la Virgen. Los frailes, que le veían algunos, se reían, y otros, «más observantes», le miraban con indignación.

Siempre que tenía un minuto libre se escapaba a la capilla ante el Stmo. Sacramento. Desde maitines hasta la hora de la Misa quedaba rezando armándose para pasar la jornada y al anochecer descansaba ante el Santísimo de la pesada tarea diaria. Cuando va de misión por los pueblos lo primero que hace al llegar es ir al Sagrario a orar un rato.

La comunión de cada mañana es para fray Pascual el más sublime acto del día.

«Oh luz sin mancha, ¿qué delicias puedes encontrar en un hombre como yo? ¿Por qué has querido entrar en mi pecho y hacer de él un templo para tu majestad?»

Alejábase con tristeza del templo y siempre que desde el campo sentía la campana anunciando el momento que el santo Sacrificio llegaba a la consagración, se concentraba para no pensar más que en Dios.

Un día, estando orando en el campo, oye el sonido de la campana y sus ojos se elevan al cielo; ve rasgarse una nube y Pascual contempla como si estuviera delante del altar una Hostia puesta sobre un cáliz y circundada por un coro de ángeles que la adoran. Tras pasado de alegría, exclama en voz alta: «¡Jesús, Jesús se encuentra allí!»

Durante su viaje a Francia, en 1576, los hugonotes le detienen varias veces en distintas poblaciones. En una población le preguntan si cree en la presencia real, contestando fray Pascual afir-

mativamente y desenmascarando el error de los herejes con tal abundancia de doctrina que, sintiéndose éstos acorralados, no tienen más razones que arrojarle piedras. En otra ciudad es detenido de nuevo y amenazándole con un cuchillo le preguntan dónde está Dios. «En el cielo», responde fray Pascual. Durante muchos años le oyeron a fray Pascual este lamento: «¡Ay de mí, no he confesado mi fe, no soy mártir de la Eucaristía por mi falta de memoria, por mi descuido y por mi debilidad! Debiera haber dicho que Dios está en el Santísimo Sacramento.»

Estando en su lecho de muerte el día de Pentecostés le pregunta al hermano enfermero si ha dado la señal para la Misa mayor. Se puso muy alegre al saber que la Misa había empezado y en el momento de la consagración voló al cielo a encontrarse con su Amado.

La misma liturgia de su festividad relata la maravilla que durante el funeral en el momento de la elevación sus ojos se abrieron por dos veces.

En 1690, Alejandro VIII elevó a Pascual Baylón a los altares y en 1897 León XIII lo declaró patrono universal de las asambleas y obras eucarísticas. La Iglesia ha querido en la colecta de la misa de su festividad, 17 de mayo, que nosotros lleguemos a imitar a san Pascual Baylón en este profundo amor al Stmo. Sacramento.

«¡Oh, Dios, que honraste a tu santo confesor Pascual con una admirable devoción a los sagrados misterios de tu Cuerpo y Sangre; concede propicio que merezcamos conseguir aquella unción de espíritu que el santo concibió en este divino convite!»

Es un error pastoral de trágicas consecuencias que se pierda la piedad eucarística en torno al sacramento de la presencia real, en nuestras comunidades parroquiales o diocesanas, en nuestros seminarios o noviciados, en nuestras casas religiosas. La historia demuestra que cuando todo quiere reducirse a participar en el sacrificio despreciando lo demás, termina por desaparecer la fe en el sacrificio de Cristo y el altar se convierte en nuevo rito mágico sin profundidad o en un pretexto para la teología política mal entendida.

(Cardenal Marcelo González Martín, Primado de España)